



FRANK
McFAIR

ANDERSON,
**INVESTIGADOR
PRIVADO**



SS **SERVICIO SECRETO**





FRANK McFAIR

ANDERSON, INVESTIGADOR PRIVADO

Colección **SERVICIO SECRETO** nº 925
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal, B 5.219 -1968

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: abril, 1968

© FRANK McFAIR - 1968

sobre la parte literaria

© DESILO -1968

sobre la cubierta

© EDMOND -1968

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.028. — Zurdo.

En Colección ALTO SECRETO:

7. — El FBI en el barco trágico.

En Colección PUNTO ROJO:

314. — Vengo a buscar tu cadáver.

En Colección SERVICIO SECRETO:

869. — Con la piel de un muerto.

En Colección BRAVO OESTE:

326. — Hubo una vez dos hermanos.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

160. — Procedencia: Hong-Kong.

En Colección KANSAS:

487. — La viuda.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

266. — La larga mano del FBI.

En Colección CALIFORNIA:

596. — Un “Colt” del 45.

En Colección ASES DEL OESTE:

466. — ...Y para ti la horca.

En Colección BÚFALO:

745. — Un mormón hace justicia.

CAPÍTULO PRIMERO

La luz de la lámpara caía directamente sobre la mesa y dejaba el resto de la habitación en sombras.

Anderson levantó la cabeza. Había oído pasos en el corredor.

Durante el día no resultaba nada raro oír andar por el corredor, pero sí a aquellas horas de la noche.

Echó una mirada al reloj. Las diez y media.

Los pasos se detuvieron ante la puerta.

Y alguien oprimió el zumbador, imperiosamente.

El despacho de Roy Anderson, “Investigaciones privadas”, como rezaba en el cristal de la puerta, se componía de dos habitaciones. Un pequeño vestíbulo y el despacho propiamente dicho. La puerta que separaba ambos cuartos estaba abierta.

Anderson se puso en pie y perezosamente se encaminó hacia la entrada.

Abrió.

Una mujer estaba en el umbral.

—¿Sí?

—¿Míster Anderson?

—Yo soy.

—¿Puedo hablar con usted?

—Desde luego. Pase.

La mujer lo hizo. Anderson señaló con la mano hacia el despacho y ella taconeó airosamente, adentrándose en él.

Anderson dio la vuelta a la mesa y señaló el sillón de cuero, al cual llamaba *mi más dispendioso gasto*.

Ella se sentó y cruzó las piernas.

—Míster Anderson, no tengo mucho tiempo. Quiero saber si usted se ocupará de un asunto que me interesa o si habré de dirigirme a otro detective privado.

—Esa pregunta no debe hacérmela a mí, *miss*...

Ella se encogió de hombros, pero no contestó.

—Bien, le repito que esa pregunta no debe hacérmela a mí. No soy partidario de proporcionar clientes a mis competidores. Yo puedo ocuparme de lo que sea, siempre que esté bien retribuido.

—Lo estará.

—En ese caso... hable.

Anderson encendió un cigarrillo. Ofreció otro a la mujer, pero esta no lo aceptó.

Los ojos del detective privado recorrieron la figura de su visitante. Unos veinticinco años, quizá alguno menos, espléndidas piernas, cuyas rodillas quedaban al descubierto y... bien vestida. No simplemente bien: caramente

vestida.

Allí había dinero y a Anderson le gustaba tenerlo, aunque tuviera que trabajar para conseguirlo.

—¿Bien?

—Míster Anderson, quiero saber dónde está mi hermano.

—Me parece muy lógico. Muchas hermanas sienten misma curiosidad.

Expelió una bocanada de humo hasta el techo.

Ella lanzó una ojeada a su alrededor. Un archivador metálico, provisto de cerradura de seguridad, un par de cuadros en las paredes y un diploma enmarcado en la pared.

—Esto no parece muy prometedor, ¿verdad?

—¿Qué? —preguntó ella sorprendida.

—Digo el despacho. No parece muy ostentoso, pero no debe usted fiarse de las apariencias. La mayor parte de mi trabajo lo hago fuera.

—Míster Anderson, necesito saber dónde está mi hermano y sí...

Su voz tembló. Muy ligeramente, pero Anderson lo notó.

—... si está vivo o muerto.

—¿Cómo se llama su hermano?

—Eli Lavarede.

¿Lavarede? El nombre hacía sonar una campanilla de recuerdos en la mente de Anderson, pero no conseguía situarlo. Lo apartó de ella.

—¿Se ha perdido?

—No lo sé.

—¿Ha ido ya a la policía?

—No.

—¿No confía en la policía?

—No se trata de eso. Pero es que no quiero mezclarla en este asunto.

—Miss Lavarede, hay mucha gente que no quiere que la policía se mezcle en sus problemas, pero en los casos de desaparición es la mejor situada para aclarar el paradero de quien sea.

—Míster Anderson, no he venido aquí en busca de consejos...

Su voz era fría, distante.

—Sino en busca de resultados. Simplemente, no quiero mezclar a la policía en ello. Si no le interesa...

—Me interesa, desde luego, pero creo que mi obligación, en estos casos, es avisar a mis clientes. Una vez avisados, me considero con las manos libres para actuar.

—Bien, si ha acabado ya, ¿puede escuchar?

—Por supuesto.

—Encuentre a mi hermano. Si lo hace, le daré diez mil dólares.

Hacía algún tiempo que Anderson no oía hablar de unos honorarios tan elevados. Se contuvo con un esfuerzo.

—Lo encontraré. Si no se ha metido en un cohete espacial y ha partido con

rumbo a la luna, daré con él.

Ella cruzó las piernas.

—Mi hermano se llama Eli Lavarede, como le he dicho. Tiene veinte años.

Buscó en su bolso y sacó una fotografía. Anderson la cogió.

Desde la cartulina, le sonrió un muchacho de pelo revuelto, vestido con un suéter claro. La fotografía tenía un fondo marino, con un yate pequeño en primer término.

La estudió durante unos instantes.

—¿Puedo quedarme con ella?

—Sí. Tengo más.

—Miss Lavarede, ¿cuándo desapareció su hermano?

—No puedo decir que haya desaparecido. Simplemente, he dejado de saber de él.

—Ah. Y... ¿estaba aquí, en Nueva York?

—Sí.

—¿Cuándo dejó de saber de él?

—Hace exactamente diez días.

—¿Fue la última vez que lo vio?

—No lo vi. Me habló por teléfono.

—¿Dónde vive usted?

—En East Hampton.

—¿Siempre?

—No, no siempre, pero sí casi siempre.

—Y su hermano estaba aquí, en Manhattan.

—Desde aquí me telefoneaba. Tiene un departamento en Park Avenue.

—Y no está en él ahora.

—Si estuviera, ¿hubiera venido a buscarlo a usted?

—Tocado —rio Anderson. Pero la risa no alcanzaba a sus ojos. Estaba pensando furiosamente, porque el nombre de Lavarede seguía haciendo sonar aquella diminuta campana.

—Encuéntrelo, mister Anderson. Eso es todo.

—Un momento. Por regla general yo no estoy aquí más que hasta las siete de la tarde. El hecho de que hoy me haya retrasado en marcharme ha sido debido a un trabajo urgente.

Mentira. La verdad es que había pensado dormir en el despacho porque no quería encontrarse con el conserje de los departamentos donde vivía. Debía ya dos mensualidades y no tenía dinero para taparle la boca.

—¿Cómo supo que me encontraría?

—No lo sabía. Me limité a venir. No tengo tiempo que perder. He mirado en la guía y usted era el primero en la sección de profesiones clasificadas.

Sí, al parecer tenía prisa. Nadie obra de esa manera al elegir un abogado o un agente privado. Por regla general, uno se asesora de algún amigo o de un conocido.

—Así que si me hubiera llamado Renton no habría habido nada que hacer.

—Probablemente, no.

Se puso en pie. Anderson se lanzó al ataque.

Carraspeó.

—Este... tal vez necesite...

—¿Dinero?

Sacó algo del bolso.

“Si me da un cheque me fastidia hasta mañana.” Pero eran billetes. De veinte y de cincuenta.

—¿Cuánto?

—Pues... con un par de cientos me arreglaría para los primeros gastos.

Ella volvió a lanzar aquella ojeada alrededor.

“Ahora está pensando que se ha equivocado al elegir el primero de la lista.”

—Tenga. Trescientos. Deme un recibo.

—Cómo no.

Lo extendió y se lo alargó.

—Pero no hemos acabado aún, *miss* Lavarede. Necesito saber algunas cosas más. Por ejemplo, qué personas frecuentaba su hermano. Cuando un muchacho joven desaparece, suele haber una mujer cerca. No siempre, pero muy probablemente.

Los ojos de la muchacha brillaron. Intensamente. Y con un brillo extraño.

—Mi hermano ha sido visto varias veces en compañía de un hombre llamado Courtney. Ash Courtney.

Ni un solo músculo de la cara de Anderson se movió.

Su mano escribió rápidamente, apuntando sobre un, trozo de papel. Pero si la muchacha suponía que estaba anotando el nombre, se hubiera asombrado al ver lo que en realidad estaba haciendo.

“Así que el viejo Temple está metiéndose de nuevo en líos.”

Eso era lo que había garrapateado en el bloc de notas.

—¿Nadie más?

—Mi hermano ha hecho siempre una vida bastante... apartada. Por regla general vivía en East Hampton, pero hace algunos meses tomó ese departamento en Park Avenue.

—Bien, creo que con eso podremos empezar. ¿Dónde puedo ponerme en contacto con usted?

—Yo le llamaré por teléfono todos los días.

—Tal vez no me encuentre en el despacho. Preferiría saber que hay algún lugar en el que pueda llamarla yo.

—En el “Sheraton”.

—De acuerdo.

Ella recogió el, bolso y los guantes.

—Recuerde, míster Anderson: necesito saber cuánto antes lo que ha sido

de mi hermano. Si pasados dos días no ha conseguido usted nada, tendré que encargar el asunto a otra agencia de investigación.

—Lo encontraré, *miss* Lavarede.

Ella se dirigió a la puerta. Anderson no se movió para acompañarla. Oyó el ruido de la puerta de entrada al cerrarse y de nuevo el taconeo por el desierto corredor.

Anderson contó el dinero. Trescientos. Bien, con eso podía pagar el alquiler del departamento, tomar unas copas...

Diez meses antes, Anderson no hubiera necesitado aquel adelanto en metálico. Diez meses antes...

Se encogió de hombros. De nada servía llorar por la leche derramada.

Salió de la oficina, cerró la puerta y bajó a la calle.

Su primera parada fue en un bar. Pidió un whisky doble y se dirigió al aparato telefónico. Pidió a la central el número del departamento de Lavarede y cuando se lo dieron lo marcó. Lo dejó sonar casi cinco minutos.

Bien, hasta ahora todo estaba O.K. Según *miss* Lavarede.

Lavarede, Lavarede...

No conseguía recordar, pero quizá al segundo whisky doble...

Se lo tomó, pero el recuerdo no acudió a su mente. Se preguntó si estaría perdiendo facultades, pero sabía que no era eso.

Tenía treinta y tres años, una buena edad para hacer muchas cosas o para morirse, como Alejandro Magno. Sólo que él no deseaba morirse aún.

Metió otro níquel en el aparato y marcó un nuevo número. Tampoco contestaron a ese. No era de extrañar, aunque resultaba un poco fastidioso.

De todas maneras sabía dónde encontrar al dueño de aquel teléfono.

Tenía el coche en un aparcamiento cercano. Lo cogió y rodó lentamente hacia la Tercera Avenida.

El bar de Sarti le abrió sus puertas. En el mostrador, el propio Sarti, gordo, apoplético, con ojillos enmarcados por la grasa.

—Salud —dijo Anderson—. ¿Has visto a Lou?

Sarti movió la cabeza negativamente.

—Hoy, no.

—Bueno, pero ayer sí, ¿verdad?

—Sí.

—¿Borracho?

—No más que siempre. Anderson, debe usted...

—Diez dólares, lo sé. Y pienso pagártelos ahora mismo.

—Son doce cincuenta, Anderson...

—Es igual, te los pagaré.

Contó el dinero y lo puso sobre el mostrador.

—Dame un doble... Bueno, que sean dos.

Volvió a llamar. Lou no respondió.

Pero cuando estaba por el segundo whisky, lo vio entrar en el bar.

Lou, el gran Lou Watch.

Era enorme, gordo, con una panza que se bamboleaba a su paso como si fuera a caerse de un momento a otro, y que bebía cerveza mezclada con whisky de centeno como otros beben refrescos. Más aún.

Anderson recordaba haberle visto pocas veces sereno. Entre los periodistas se decía que el día que apareciese despejado por la redacción, sería expulsado por el redactor jefe. Porque, borracho y todo, era uno de los mejores sabuesos buscadores de noticias.

Las encontraba, o le surgían, pero siempre se encontraba en el epicentro de alguna.

—Salud —dijo.

—Lou, eres mi hombre —dijo Anderson—. Necesito una información.

—Espera un poco, pequeño.

Se bebió un doble de cerveza con whisky, se limpió los labios y eructó satisfecho.

—Habla. Pero antes... me debes veinte pavos.

—Tómalos. Lou, ¿te dice algo el nombre de Lavarede?

—¿A ti no, pequeño?

—«Sí, pero no logro recordar qué.

—¿Y tú te llamas investigador privado? Por cierto, ¿cómo van tus asuntos con la policía?

—Así así...

—¿Te han perdonado?

—No del todo, pero eso no importa. Vamos a lo que...

—Comprendo, no te gusta hablar de ello. Así que. ¿Lavarede?

—Sí.

—Lavarede... Hijito, estás pisando hierros al rojo. Noticia.

—Vamos, Lou. Te he pagado, ¿no?

—La vieja Lavarede está muy mal. Los médicos la han desahuciado. Morirá, si Dios quiere, y parece que esta vez sí va a querer.

—¿La vieja?

—Sí, pequeño. Millones. Más de... bueno, creo que son cincuenta inmuebles en Long Island y en Manhattan. Todos ellos antiguos, pero... diablos, valen casi su peso en oro.

Anderson respiró fuerte. Ahora se acordaba de la vieja millonaria que tenía un palacio en... justo, en East Hampton, al final de Long Island.

—¿Qué te ocurre con ella, pequeño?

—Lou, no te voy a poder decir gran cosa por ahora. Lo siento, pero me han encargado un asunto relacionado con ella.

—Si te metes en su vida privada, los abogados te despellejarán y colgarán tu cuero al sol.

—Procuraré no hacerlo. Llevaré cuidado.

—Y... recuerda, el dato fue mío. No te vayas a ir a ver a algún otro

reportero y le des las primicias, si es que algo llega a cuajar.

—No, Lou, ya sabes que no. *Bye, bye.*

—*Bye*, pequeño. Sarti, otro.

Anderson salió del bar. Así que la vieja Lavarede estaba a punto de entregar su alma. Efectivamente, el asunto podía ser muy interesante, y tendría que explotarlo convenientemente.

Y lo mejor de todo: sabía cómo podía hacerlo.

Guió por la Tercera Avenida hasta la calle Cuatro. Torció por esta y detuvo el coche casi esquina a la. Segunda Avenida, cerca del teatro judío de Arte. Consiguió aparcar y regresó.

Allí estaba.

Un edificio de primeros de siglo, de aspecto serio, con cinco gradas que ascendían hasta la puerta.

Se hallaba cerrada. Llamó con la anticuada campanilla que colgaba en uno de los lados y esperó.

La puerta se abrió.

Un *hall* alfombrado, un pequeño mostrador al fondo, y cómodas butacas por todas partes, alrededor de las columnas que sustentaban el alto techo.

Atravesó el *hall*, pisando sobre la espesa alfombra y se dirigió al mostrador.

Detrás de este había un largo casillero de madera de roble, y sentado en un alto taburete, un hombre de cabello cano.

—Hola, Harry.

—Buenas noches, míster Anderson —su voz sonaba nerviosa, alterada.

—Harry, quiero un poco de información.

—Míster Anderson, se me ha prohibido facilitarle ningún dato desde que...

Vaciló, como si buscara las palabras.

—La información es inofensiva, Harry.

—Pero, míster Anderson...

—Harry, necesito unos informes. Y no me voy a marchar de aquí sin ellos.

En el *hall* no había nadie. Por lo menos, nadie a la vista, ya que tenía tantos rincones que en cualquiera de ellos podía estar oculto alguien sentado en uno de los sillones.

—Míster Anderson...

—¿Me la vas a dar o me veré obligado a enterar a míster Corsair de algunos...?

—Por Dios, míster Anderson, no necesita usted alzar la voz. Pero tiene que prometerme que nadie se enterará de que he sido yo quien se la ha facilitado.

—Así lo haremos, Harry. Y ahora...

Paseó una mirada por el *hall*.

—Harry; ¿está aquí míster Temple?

—Pues...

—Sí o no, Harry.

—Sí, señor Anderson. Está aquí.

—¿Lleva mucho tiempo?

—Pues... unos seis meses.

—Gracias, Harry. Sólo era eso.

Harry respiró evidentemente aliviado. Sin duda había esperado otras preguntas.

—No le digas que he preguntado por él, ¿quieres? Será mejor para ambos.

—Sí, sí, señor.

—¿Viene todas las noches?

—Pues... a veces, algunas noches no viene a dormir, pero por regla general, sí.

—Conforme.

Anderson caminó hasta uno de los sillones, colocado frente a la puerta de entrada y se sentó en él. Cogió un periódico de una mesita cercana y se dispuso a esperar.

CAPÍTULO II

A las once, la puerta se abrió, obedeciendo a un suave campanillazo. Anderson miró. Una figura alta, elegante en su gabán oscuro, apareció en la puerta y atravesó el *hall* a largos pasos.

—Temple.

El recién llegado se volvió. La luz en el *hall* no era muy fuerte. Una luz tenue, acogedora. Guiñó los ojos.

—Pero... ¡si es mi querido Roy! ¡Roy Anderson!

Roy se puso en pie. Temple le estrechó la mano afectuosamente. Pero sus ojos eran duros.

—Querido Roy, cuánto tiempo sin vernos. Lo menos... ¿siete meses? ¿Más?

—Un poco más, Isaac. Casi diez.

—Sí, es curioso... El tiempo es como un río tranquilo. Parece inmóvil, pero se mueve... Ay, desgraciadamente se mueve, y cuando nos queremos dar cuenta... ¡Ay!

Colocó una mano sobre el hombro de Roy.

—Pero, ¿qué hacemos aquí, sedientos ambos? Vamos al bar.

Cruzaron el *hall*. Una puerta de madera de roble, igualmente, les abrió paso a un bar íntimo, y también parcamente iluminado y no precisamente por espíritu de ahorro. Porque el “Club Carminton” no necesitaba ahorrar.

—«Whisky, ¿verdad, querido?

Temple era alto. Sus sienes blanqueaban, pero no por vejez. Apenas llegaría a los cuarenta años. Iba impecablemente vestido de etiqueta, y de él se desprendía un perfume de loción cara y de buenos cigarros.

—Sí, Temple.

—Vaya, vaya.

Mojó los labios en su vaso. Sus ojos contemplaban a Anderson con afecto. Es decir, a cualquier observador le hubiera parecido una expresión amistosa, pero Anderson no se engañaba. Temple estaba tratando de saber lo que le había llevado allí.

—Temple, he venido para verte. Te estaba esperando.

—Pues... claro, claro. Encantado, como siempre. No es preciso decírtelo.

—Necesito una información.

—¿Una... información?

—Sí.

—¿Confidencial?

—Puedes asegurarlo.

—Pues... si puedo ayudarte... Ya sabes que lo haré con mucho gusto, pero desgraciadamente tú... Bueno, ya sabes, el presidente nos ha prohibido... Realmente, Roy, en aquella ocasión tú no mostraste gran tacto...

—Dejemos eso, ¿quieres? Necesito esa información. —Veamos.

Los ojos de Temple se habían estrechado ligeramente.

—Temple, ¿sabes dónde está Eli Lavarede?

Anderson lo observaba sin perder detalle. La cara de Temple no dejó traslucir emoción alguna.

—Pues... sí que es extraño. ¿Por qué me haces esa pregunta? ¿Por qué piensas que yo puedo saber algo sobre...?

—Eli Lavarede. Me has oído perfectamente.

—¿Y por qué crees que debo saber algo de él?

—Te han visto en su compañía. Y alguien quiere saber dónde está en estos momentos.

—¿Quién?

—Alguien, Temple.

—Mi querido Roy...

—Dejémonos de amenidades. ¿Sí o no?

Temple sacó un grueso cigarro de una cigarrera de piel de cerdo y procedió a encenderlo.

Si no lo hubiera conocido bien, Anderson hubiera podido pensar que estaba tratando de ganar tiempo. Pero Temple no lo perdía jamás. Simplemente, su bien ejercitado cerebro estaba analizando la situación y decidiendo el mejor camino a seguir.

—Pues... sí, he estado varias veces en compañía de ese muchacho encantador...

—¿Dónde está ahora?

—Pues... ¡lo ignoro, querido Roy! ¡Lo ignoro! ¿Quién te ha dicho que él y yo...?

—Eso no interesa ahora, Temple.

—Oh, por el contrario, debe importar cuando adoptas ese aire de juez... Que, ciertamente, me parece un poco impropio después de lo que sucedió...

—Temple, ¿cuándo lo viste por última vez?

—Pues... Pero, verdaderamente, me asombras...

—¿Cuándo, Temple?

Los ojos se habían estrechado perceptiblemente.

—No recuerdo en este momento. Dos, tres meses...

—No.

—¿Cómo...?

—Digo que no. Lo has visto hace menos tiempo.

—Permíteme que te diga, querido Roy, que estás llevando esto un poco lejos.

—Temple, no vamos a andarnos con rodeos ahora. He venido por una información y no me marcharé hasta haberla conseguido. Y tú me la vas a proporcionar. Así que ya puedes ir soltándola.

—Mi querido Roy...

—¿Sí o no?

—Está bien. Pero espero que de estos informes no vayas a hacer un uso, digamos... indebido...

“Está pensando en lo a gusto que me metería un cuchillo entre las costillas”, pensó Anderson. Sonrió.

—No, claro que no, querido Isaac.

—Ignoro los motivos que tienes para pedirme esto, pero... Bien, sí he visto a ese muchacho encantador hace menos tiempo. Digamos... unos quince días.

—¿Dónde?

—Pues... en varios lugares. En “Delmonico”, en las carreras... No recuerdo bien.

—¿Y en este momento?

—Ignoro dónde está. Puedo asegurártelo...

Anderson sabía lo que se podía esperar de las “seguridades” de Temple, pero por el momento prefirió pasarlo por alto.

—¿Qué te traes con él?

—¿Yo?

La inocencia personificada.

—Sí, tú. ¿Qué te traes con él?

—Pero, mi querido amigo...

—Déjate de tonterías. ¿Qué?

—Pues... es un muchacho adorable, como te he dicho, y le he llevado a conocer la ciudad...

—Una ciudad que conoce tan bien como tú. Por lo menos ha nacido aquí.

—Pero hay lugares en los que un joven... no tiene entrada y que yo, llevado por mi amistad con él...

—Temple, suelta el grifo.

La cara de Temple se puso repentinamente seria. —Anderson, no quiero líos. Hay cosas que hasta a ti te están vedadas.

—No me hagas llorar. ¿Qué?

—¿Y si me niego a seguir hablando contigo?

—Entonces, Temple, iré a ver a Lou Watch, me sentaré con él frente a unos jarros de cerveza mezclados con whisky y *charlaremos largamente*.

Los dedos que sujetaban el puro oprimieron este con tanta fuerza que el cigarro se rompió. Mascullando una maldición, Temple lo dejó en un cenicero.

—Si haces eso, Roy, no vivirás mucho tiempo.

—Es posible, pero ¿cuánto tiempo pasará antes de que te metan entre rejas a ti? Y no por un año o dos, sino por toda tu vida si no es que...

Temple lo cogió del brazo.

—Está prohibido que nadie te reciba a ti en sus habitaciones del club, pero podemos charlar de esto en otro lugar y en otro momento. No quiero

hacerlo aquí.

—Como quieras, Temple, mi querido Isaac. Como quieras y cuando quieras. Mañana mismo.

—Está bien, mañana. Pero no vuelvas aquí.

—De acuerdo, Temple. Mañana, en la cervecería Dresden.

—¿No podría ser en otro lugar más...?

Temple había hecho un gesto de desagrado.

—En otros tiempos te parecía tan buena como para pasarte en ella bastante tiempo.

—Bueno, está bien, allí. A las doce.

—A las nueve.

—Por Dios, esa hora...

—Temple, déjate de imbecilidades. Allí a las nueve.

—Está bien, a las nueve.

—Hasta mañana.

Y Anderson salió del bar y del “Club Carminton”. No se volvió, pero sabía que hasta perderlo de vista, los ojos de Isaac Temple le habrían seguido. Y que probablemente estaba pensando en que pagaría con gusto a alguien si ese alguien le metía un cuchillo o una bala en la espalda.

Lo cual, a Anderson le tenía sin cuidado. Porque, por muchas ganas que Temple tuviese de hacerlo, no lo haría.

Fue a su apartamento, tiró cien dólares en el regazo de un conserje cejijunto y le exigió el recibo. Subió y se dio una ducha caliente y otra fría. Luego, mientras con una toalla atada a los riñones bebía una copa de whisky, se puso a pensar furiosamente.

A las nueve estaba en Dresden, ante un plato de huevos con jamón y otro con *sauerkraut*. A las nueve y diez, cuando ya casi los había consumido, apareció Temple.

—Siéntate y come algo si quieres. Yo invito.

—No, gracias.

Se sentó y miró a Anderson, esperando.

Roy terminó su comida con tranquilidad. Luego encendió un cigarrillo.

—Bien, Temple, ¿dónde está el muchacho?

—Dime antes una cosa: ¿Por qué quieres saberlo?

—Alguien me ha encargado averiguarlo.

—¿Te pagan bien?

—Sí.

—Pues bien: te doy más de lo que te hayan ofrecido.

—¿Para qué?

—Para que te olvides del asunto. Puedes decir a quien te haya contratado que no lo has encontrado, que te ha sido imposible. Cualquier cosa.

Por fin había descubierto sus cartas.

Anderson lanzó una profunda humareda hacia el otro.

—Tal vez podamos llegar a un arreglo. Se me han ofrecido veinte mil.

Temple hizo un gesto.

—Nadie paga una cantidad así...

—Si anda por medio la herencia de los Lavarede, sí.

El otro acusó el golpe. Miró a su alrededor.

—Escucha, Roy. Te daré veinticinco. Es mucho más de lo que podrías sacar de nadie, y en las circunstancias actuales, con la policía escudriñando con lupa todo lo que haces.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque... yo me entero de todo.

—Bien. Veinticinco. ¿Cuándo?

—Cuando... Te daré cinco mil mañana y otros diez mil dentro de un mes...

—No. Los veinticinco en el plazo de un mes. Cinco mil, hoy.

—Es mucho dinero, Roy.

—Lo siento. Así, o no hay trato.

—Está bien. Los tendrás.

Anderson fumó en silencio durante unos instantes.

—¿Cómo está Melissa? ¿Sigue tan... temperamental?

—¿A qué viene eso ahora? Mira, Roy, quedamos en que te olvidarías de ella y de todo cuanto...

—Sólo te he preguntado, Temple. Melissa es una mujer... difícil de olvidar.

—Pues en este caso tendrás que hacerlo.

—Pero seguís juntos, ¿no?

—Seguimos juntos.

—Espléndido. ¿Y Clarence?

Temple se puso en pie.

—Muy bien.

—¿Continúa tan aficionado a los cuchillos y a las pinturas?

—Sigue. Roy, te entregaré el dinero dentro de unos días...

—Cinco mil al contado. El resto antes del mes, Temple.

—No llevo encima esa cantidad.

—Podemos ir a buscarla donde quieras. Podemos pasar por tu Banco ahora mismo.

Temple lo miraba con ira.

—Roy, ¿es que no te fías?

—Ni tanto así.

Se mordió la uña del pulgar.

—¿Qué, vamos al Banco?

—¿Sigues manteniendo tu oficina?

—Sí.

—Te llamaré a mediodía.

—Con el dinero dispuesto, Temple.

—Sí.

Dio media vuelta y salió de la cervecería. Anderson terminó su cigarrillo y salió.

El “Sheraton” no estaba lejos. En la calle 37. Cuando llegó, preguntó por miss Lavarede.

Ascendió hasta el tercer piso. La misma muchacha abrió la puerta.

Al verlo, frunció las cejas.

—¿Por qué ha venido?

—Bueno, ya que estoy aquí, ¿puedo pasar?

—Pase.

Anderson entró. Ella lo siguió, con un aire de irritación que ni siquiera se esforzó en disimular.

—No tenía que haber venido aquí, sino llamarme por teléfono en el caso de que hubiera descubierto algo.

—Siento que le moleste, pero tenía que hacerlo, Miss Lavarede, ¿ha oído hablar en alguna ocasión a su hermano de una mujer?

—¿Una mujer? ¿Por qué? Ya me preguntó eso.

—¿Últimamente, le habló de alguna mujer?

—No me dijo nada.

—Pues o mucho me engaño o había una mujer cerca de él.

—¿Por qué lo dice?

—Porque... debía haberla.

Lanzó una mirada a su alrededor. La *suite* era lujosa, como la mayor parte de las del “Sheraton”. Dinero, dinero y dinero, gritaban los muebles y la decoración.

—Míster Anderson, espero que lo que voy a decirle no le molestará, pero no tengo más remedio. Pensaba hacérselo saber por teléfono más tarde, pero ya que está usted aquí, aprovecharé la ocasión.

—Dispare.

—Míster Anderson, he estado tomando informes acerca de usted.

—Y no son favorables.

—No.

—Espero que no se equivoque esta vez. ¿Qué fue lo que le dijeron acerca de mí?

—¿He de... entrar en detalles?

—No es absolutamente preciso, pero me ayudaría para saber cómo está mi cotización en la bolsa de trabajo.

—Me han asegurado que fue usted procesado por un asunto turbio. Hace un año.

—Diez meses, para ser exactos. ¿Le han dicho que salí absuelto?

—Sí, pero que las sospechas sobre su actuación profesional continuaban y que la policía lo tenía bajo vigilancia.

—Todo ello es muy cierto, desdichadamente. ¿No tiene algo de beber?

—No.

—Es igual. De todos modos es algo temprano. Así que quiere rescindir nuestro contrato verbal.

—Sí, ese es mi deseo.

—No tengo ya los trescientos dólares. He hecho algunos gastos.

—Puede quedarse con ese dinero.

—Gracias.

Anderson encendió un cigarrillo.

—No quiero dinero por nada. Puedo decirle algunas cosas de su hermano o sobre la gente con la que se ha visto últimamente.

Los ojos de ella la traicionaron. Estaba muy interesada, pero quería ocultarlo.

—¿Qué, por ejemplo?

—He hablado con un hombre que vio a su hermano hace diez días. Que prácticamente lo ha estado viendo en el curso de los últimos meses y bastante frecuentemente.

—¿Y qué le ha dicho...?

—Nada aún, pero lo hubiera hecho de continuar yo encargado del asunto.

—¿Qué es lo que trata de hacer? ¿Una especie de chantaje?

—Por supuesto que no —declaró Anderson con fingida indignación—. ¿Cómo puede pensar eso?

—Los informes que he recibido de usted son muy... reveladores.

—Infundios, *miss* Lavarede. Calumnias. ¿Quién ha sido...?

—Eso no importa.

—Arrojar la piedra y esconder la mano, ¿eh? Bien, creo que eso es todo.

—Lo... siento.

Pero no había sentimiento alguno en su tono. Indiferencia, solo.

Anderson se dirigió hacia la puerta.

—Un momento —dijo ella—. ¿No sabe dónde está mi hermano?

Anderson se volvió, con la portezuela en la mano.

—Si supiera eso, yo seguiría contratado y usted me daría los diez mil dólares que me ofreció.

Y salió.

CAPÍTULO III

En su oficina, Anderson fumaba. Había colocado los pies sobre la mesa y lanzaba bocanadas de humo hacia el techo, mientras pensaba concentradamente.

Miró su reloj. Las nueve y media. Cogió el teléfono y marcó un número. Al otro lado, nadie cogió el aparato.

Se puso en pie y cogió el sombrero. En el momento en que se dirigía hacia la puerta, le pareció oír un leve ruido en el exterior.

Podía ser alguna de las mujeres de la limpieza, aunque estas solían terminar mucho antes su servicio. O bien el conserje haciendo una ronda, si bien sabía por experiencia que el hombre no era dado a aquellos excesos laborales.

Volvió, caminando sobre las puntas de los pies hasta la mesa, abrió un cajón y extrajo de él una pequeña porra de madera recubierta de cuero. Estaba provista de una tirilla para sujetarla a la muñeca. Con ella colocada, volvió a la puerta.

Cogió la manivela y abrió bruscamente.

En el umbral había un hombre, con el sombrero muy echado hacia los ojos.

Y en la mano tenía una pistola.

El sujeto se sorprendió. Evidentemente estaba esperando la salida de Anderson, pero no tan brusca

Roy no lo pensó. Le dio un golpe en la mano con la porra. Fue un porrazo maligno, que hizo mucho daño.

El hombre lanzó un quejido y la pistola cayó al suelo. Se agachó para recogerla, y Anderson le dio en la cabeza.

El sombrero amortiguó el golpe, pero el hombre cayó de rodillas.

Anderson recogió la pistola.

—Ponte en pie.

Lo metió en el despacho de un empujón.

—Contra la pared.

El hombre se volvió y levantó los brazos. Estaba bien adiestrado, al parecer.

Anderson cerró la puerta de un puntapié.

Sopesó la pistola, con aire meditabundo.

—¿Quién te envía?

Silencio.

Anderson levantó la porra y la dejó caer sobre el hombro del individuo. El lugar estaba pensado para hacer daño, pero sin dejar señales.

—¡Auch!

—Vamos, ¿quién te mandó?

—Nadie. Yo... venía buscando a Tremor.

—¿Quién es Tremor?

—Me dijeron que vivía aquí.

—Aquí no vive nadie de noche.

—Que tenía un despacho... ¡auch!

Anderson había golpeado de nuevo. Luego, con la misma expresión pensativa, agregó:

—La próxima vez pienso pegarte en la rodilla. Sé hacerlo de tal manera que te la romperé y te quedarás cojo para toda la vida.

—Espere.

—Bien, habla.

—Un tipo me ofreció cincuenta dólares si le daba un susto a usted.

—¿A quién nombró?

—A usted. A Anderson.

—Vuélvete.

Le miró a los ojos. Tenía las pupilas dilatadas y un tic en la mejilla derecha.

—Levántate la manga.

El hombre obedeció. El brazo estaba acribillado de pequeños puntitos.

—¿Cómo se llama el hombre que te envía?

—No lo conozco. Me lo presentó un amigo.

Anderson levantó la porra.

—¡Se lo juro! ¡No me pegue!

—¿Quién te dio la pistola?

—Es... el mismo tipo que me ofreció los cincuenta pavos.

—¿Dónde fue eso?

—En el Bow. En una taberna.

—Nombre.

—La taberna de Ross.

Anderson la conocía.

—Escucha... Vas a volver al sitio en que te contrataron y le vas a decir al tipo que lo hizo que la próxima vez envíe a alguien más listo o yo le madrugaré, como a ti. Y ahora, lárgate, vagabundo.

Le dio una patada que lo lanzó al centro del corredor. El hombre echó a correr.

En el momento en que Anderson se disponía a seguirlo, sonó el teléfono.

Suspiró, exasperado. Las dos cosas al mismo tiempo... No había derecho.

Pero había estado esperando aquella llamada toda la tarde.

Cerró la puerta y cogió el teléfono.

—¿Sí?

—¿Míster Anderson?

—Yo soy, *miss* Lavarede. ¿Qué ocurre?

—Quiero hablar con usted.

—¿No estoy despedido?

—Deje eso. Quiero hablarle.

La misma voz, autoritaria, acostumbrada a mandar a los criados, a los mozos de hotel, a los amigos...

—¿Dónde? Estoy muy ocupado.

—Usted no está ocupado, y si lo está, lo puede dejar. Estoy en el bar que hay en la esquina de la Primera Avenida y la calle 42.

Un poco lejos. Anderson lo pensó un momento.

—Estaré ahí dentro de una hora. A estas horas hay mucho tráfico.

—Venga lo antes posible.

Anderson colgó el teléfono. Por fin. Pero el individuo se le había escapado. Bueno, ya lo encontraría... o al que lo había enviado, quizá.

Bajó y subió al coche.

Estaba en el bar media hora después. Atravesó el pasillo y en el cuarto reservado vio a la muchacha.

Estaba sentada en el rincón, con un vaso de cerveza de jengibre delante. No lo había tocado.

—Buenas noches.

Se sentó junto a ella y pidió un whisky doble. Esperó hasta que se lo sirvieron mientras la contemplaba de hito en hito. Ella no parecía nerviosa, pero sus manos jugueteaban mecánicamente con el bolso.

Bebió un trago.

—¿Y bien?

—Míster Anderson, quiero que olvide lo que le dije esta mañana.

Roy no respondió.

—¿No me ha oído?

—Sí. Espero a que continúe.

—Le ruego que lo olvide. No está despedido.

—¿Y si, no me interesase el trato?

—Le convendrá.

—Miss Lavarede, no soy un hombre con el que se pueda jugar al “ahora sí, más tarde no”. Quiero que quede eso bien sentado.

—Está bien. No es usted un hombre de esos. Pero quiero que me diga dónde puedo encontrar al hombre con el que estuvo mi hermano la última vez que fue visto.

—¿Por qué no lo pensó esta mañana?

—Porque alguien me dijo que usted había tenido algo que ver con la policía y que... no era de fiar.

Anderson la estaba mirando con una expresión amarga.

—¿Quién se lo dijo?

—Mi abogado.

—¿Por qué no le ha encargado a él la búsqueda de su hermanito?

—Eso... son razones personales.

—Está bien. Razones personales, ¿no? Eso es muy cómodo. Sí, tuve que ver con la policía, pero aún conservo mi licencia. Y sé dónde está ese hombre. El averiguarlo le costará a usted quince mil dólares.

—Se los pagaré. Puedo darle un cheque a cuenta y el resto cuando encuentre a mi hermano.

—Pero ahora quiere saber dónde está ese hombre, ¿no?

—Sí. De lo contrario, no habrá trato.

—Le voy a decir una cosa. Me voy a convertir en adivino, por unos momentos, tanto si le gusta lo que le voy a decir como si no.

Hizo una pausa. Su cara estaba seria, la mandíbula cuadrada.

La muchacha llevaba un vestido muy escotado y un ligero gabán por encima. Su corta falda permitía ver las rodillas. De toda ella se escapaba un perfume que no era solamente físico. Era el producto de la buena crianza, de la costosa educación, de no haber necesitado nunca dinero y no haberse ensuciado jamás las manos.

Anderson se miró las suyas. No estaban sucias, pero a veces se habían ensuciado. Sintió deseos de acabar con aquella tranquila autoridad.

—Usted lo que quiere es saber dónde puede encontrar al hombre que le interesa y colgarme la galleta después.

—¿“Colgarle la galleta”?

Ella había enarcado las bien dibujadas cejas.

—Sí, ponerme al paio, echarme a la cuneta, como prefiera. En una palabra: dejarme a un lado del asunto y no pagarme.

—Míster Anderson, ignoro con qué clase de gentes tratará usted comúnmente, pero cuando yo hago un trato, no necesito hacerlo por escrito; lo cumplo siempre.

—Bueno, eso lo dice usted. Pero se han producido algunos imprevistos, nena.

—No soy “su nena”.

—Como quiera, pero el caso es que han ocurrido algunos hechos que cambian la cuestión. Esta misma noche alguien intentó apartarme del asunto definitivamente.

—No sé lo que quiere decir.

—Un *pájaro de los que le gustan la nieve* se presentó en mi despacho con una pistola. Y no la quería para tirar al blanco, puede creerlo. Pensaba utilizarla.

—Pero... ¿quiere decir que quería matarla?

—A falta de otra cosa, sí, posiblemente.

—¿Por qué?

—Porque estoy buscando a su hermano.

Los ojos de la joven, muy grandes y verdes, lo contemplaban con fijeza.

—¿Por qué cree que ambos asuntos están relacionados? Usted...

—Lo están, nena. ¿Me garantiza que cobraré los, quince mil?

—Naturalmente que sí. Y si duda de mi palabra... Sacó un carnet de su bolso. Un carnet de notas diminuto, pero que llevaba grabadas en cada hoja su nombre y dirección en letras de oro.

Escribió durante un momento. Luego le alargó el papel a Anderson. Este lo leyó.

—Está bien. Ahora escuche. Ese hombre quiso deshacerse de mí, matarme, herirme o lisiarme, porque anoche presioné a un tipo para saber dónde está su hermano.

—¿Quién?

—Temple.

—Usted... ¿usted lo ha encontrado?

—Sé dónde puedo encontrar al viejo Temple siempre que haga falta.

—¿Temple, ha dicho? ¿Quién es?

—Ese es el verdadero nombre de Courtney.

—Comprendo. Así que empleaba un nombre falso... —Como muchas veces ha hecho.

Ella guardó un momento de silencio.

—Así que yo tenía razón al fin y al cabo. Y es Temple es...

—Un estafador. Oh, de muy elevada categoría. Él no le roba sus ahorros a una vieja mendiga. Él opera en esferas más altas. En las de ustedes.

—No necesita ser tan sarcástico. Algo así suponía yo.

—En ese caso, ¿por qué no guardó a su hermanito en una jaula?

—Usted no conoce a Eli. Es orgulloso. Muy orgulloso.

—Y se peleó con su abuela.

—¿Cómo lo...?

—¿Cómo lo sé? Simplemente lo sé. Sé que su abuela está muriéndose, y sé que Temple se ha estado reuniendo con su hermano, con todo el orgullo que usted le atribuye. Lo ha estado manejando a su antojo. Y todavía ignoro por qué, pero puedo figurármelo.

Ella no respondió. Parecía meditar.

—¿Me ha oído?

—Sí.

—Escuche, ¿ha oído usted hablar de alguna mujer en relación con su hermano? Me refiero a estos últimos meses.

—Sólo una vez mencionó a una... No, no la nombró. Me habló de que había conocido a una mujer muy inteligente, una trabajadora...

—¿Trabajadora?

—Bueno, quiero decir una mujer que ganaba el dinero con su propio trabajo. Pero nada más.

—¿Con su propio trabajo? Bueno, de todas las noticias que he oído acerca de Mel esa es una de las más sorprendentes. Es como si me dijeran que Elvis Presley gana su dinero vendiendo sus propios discos por la calle, a los transeúntes. Pero... ¿Mel?

—¿Mel?

—Usted no la conoce. Melissa Turner. Pero eso puede esperar. ¿Seguro que no la nombró?

—Seguro.

Hubo un silencio.

—Míster Anderson, necesito ver a ese hombre, a míster Temple.

—No es fácil. Por lo menos, no en su calidad de *miss* Lavarede.

—Tengo que hacerlo. Es muy importante que sepa lo que le ha ocurrido a mi hermano.

—Escuche, ¿por qué no jugamos a hablar claro?

Usted me dice exactamente cuál es la situación y yo vería...

—Ya le he dicho lo que podía decirle.

—Me puedo enterar por otros conductos.

—Lo dudo.

Se puso en pie. Anderson la cogió del brazo y tiró de ella hacia abajo.

—Un momento. No hemos terminado. ¿Quiere usted ver a Temple?

—Creí que lo había dicho bien claramente, y suélteme.

—Yo puedo conseguirlo para usted, pero... no como *miss* Lavarede. De otra manera puede estar segura de que no sacará nada absolutamente en limpio.

—Pero... ¿cómo, entonces?

—Miss Lavarede, no le voy a preguntar si tiene confianza en mí, porque sería inútil. Pero le voy pedir que haga lo que le digo.

—Depende de lo que sea.

—Va a pasar por mi “amiga”. Es la única manera de ver a Temple.

—¿Su... “amiga”?

—No necesita poner tanto desprecio. Sí, mi amiga mi amante, si lo prefiere más claro.

Un ligero carmín subió a la cara de la joven.

—¿Está tratando de vengarse por lo de esta mañana?

—En manera alguna. Pero en el lugar en que Temple se mete, solo podría ser usted mi “amiga”. Aparte de ello, es lo más seguro.

—No le entiendo.

—Haga lo que le digo, aunque no lo comprenda muy bien, Temple tiene sus propios métodos y yo tengo los míos. Es una probabilidad de hacerlo, y rápidamente. Ella hizo una mueca.

—Sí, ya sé que le resultará repugnante, pero... ¡hélas! no veo otra solución.

—¿Y... qué tendría que hacer?

—Cerrar la boca o decir solamente, ¡oh! a todo lo que le digan.

—Míster Anderson, espero que esté usted hablando en serio.

—Completamente en serio.

—¿No tendría que hacer nada más?

Había acentuado las dos últimas palabras.

—Nada más.

—Pero en ese caso, ¿cómo podría yo preguntarle a Temple...?

—No me ha entendido. Es que usted no le preguntará a Temple nada en absoluto. Yo seré quien lo haga.

Ella lo pensó. Casi un minuto.

—Está bien. Voy a hacerlo. ¿Tengo que decir ¡Oh!?

—¿No ve alguna manera un poco más... vulgar y canallesca de decirlo? No está usted diciendo “¡oh, ¡qué buen tiempo hace en las Bermudas!”, sino simplemente “¡oh!”, porque es incapaz de decir otra cosa.

—¿Así?

Ella puso la boca en forma de “o”, exageradamente. Los ojos, se le redondearon y dijo:

—¡Ooooh!

—Ahora está mejor. Espero que salga bien. En cuanto a ese vestido...

—¿Qué le pasa?

—Le ocurre que es demasiado... “modelo de Balenciaga”.

—Es que es un modelo de Balenciaga.

—Ahí está lo malo. Necesitamos algo más... ostentoso y vulgar. Espero que haya en su vestuario algo así.

—No se preocupe, lo habrá o lo compraré. Y ahora míster Anderson...

Hubo una pausa significativa:

—... sepa que si intenta alguna cosa que esté fuera de nuestro contrato, alguien se lo hará sentir. Y que no pienso consentirlo, y que hay mucha gente que podría hacérselo pagar caro.

—En ese caso —respondió Roy adustamente—, ¿por qué no les encargó a todos ellos que buscasen a su hermanito? ¿Por qué se gasta quince mil dólares en pagar a un despojo como yo para conseguirlo? ¿Por qué?

No había elevado la voz, pero en su tono había una nota amarga y dura.

Ella vaciló.

—Vamos a no enredar las cosas. Cumpla su parte del contrato y yo haré la mía... a no ser que vea algo que no me gusta.

—Verá muchas cosas que puede que no le agraden. Y espero que tenga el suficiente sentido común si no le gustan mucho, de ocultarlo, al menos mientras yo no le diga lo contrario.

Se pusieron en pie. Anderson dijo secamente:

—¿Cuánto puede estar dispuesta?

—Esta misma noche... si es necesario.

—Oh, no tanto. Digamos mañana por la mañana. ¿Vuelve al *Sheraton*?

—No, voy a...

—¿A ver a su abuela?

—Sí.

—Está bien. Mañana por la mañana. A las once, en *Saks*.

—No faltaré.

Anderson dio media vuelta y salió del bar.

CAPÍTULO IV

Llevaba diez minutos en el piso bajo de los almacenes. Había tenido tiempo de ser atropellado varias veces por las clientes buscadoras de gangas y empezaba a impacientarse.

Le tocaron el brazo.

—Dispense —dijo secamente.

Una mujer joven lo miraba.

—Dispense si la he pisa...

Se cortó.

—¡Diablos!

—¡Ooooooh! —parecía el maullido de un gato.

—Diablos —repitió Anderson.

Miss Lavarede llevaba un vestido rojo, que dejaba al descubierto las rodillas y que se le ajustaba perfectamente al cuerpo, remarcaba las caderas y se ceñía al busto como un guante.

—¿Le parece bien, míster Anderson?

La voz de la joven había sufrido también un cambio. Era un poco aguda, y desgarrada. Abría y cerraba los ojos, cargados de *rímel* de un verde plata.

—¿No se ha pasado de rosca? —preguntó Roy admirado.

—Usted me dijo...

—Sé lo que le dije.

La cogió del brazo y la remolcó fuera de *Saks*. Ella caminó moviendo las caderas.

Roy encontró su automóvil casi una manzana más allá. Subieron a él.

—¿Cómo se llama?

—María.

—¿Mary?

—No, María.

—La llamaré Mary. Temple ha podido oír hablar a su hermano de usted. Usted es Mary Collins. Lleva cinco meses conmigo. Y usted me llamará Roy “amor” o Roy “querido”.

Ella no respondió. Parecía absorta en algo.

—¿Qué le ocurre? ¿Se arrepiente?

—Nunca me vuelvo atrás.

—Así me gusta. Y... hable lo menos posible.

—Un momento.

—¿Sí?

—¿Dónde me lleva?

—A uno de los lugares más extraños de los que jamás haya oído hablar.

—¿Cuál?

—El “Carminton Club”.

—No lo conozco.

—No es fácil. No es mucha la gente que lo conoce. Y bastante menos la que ha entrado en él.

—¿Por qué?

—Porque... Bien, estamos llegando. Ya se lo explicaré más tarde.

Hizo una pausa.

—No hable, pero tenga los ojos bien abiertos.

Hizo sonar la campanilla del “Carminton” y la puerta se abrió. Pasaron.

Harry levantó los ojos y al ver a Anderson hizo un gesto perceptible.

—*Hallo*, Harry. ¿Míster Temple?

—No está, míster Anderson. Y...

Un hombre de alta estatura, completamente calvo, vestido con un traje gris de mucho precio, apareció, apartando una cortina que había tras el pequeño mostrador de Harry.

—Anderson... Oh, buenos días.

—Buenos días, Corsair.

María dejó escapar un murmullo indefinido.

—Anderson, ¿podría hablar un momento con usted?

—Sí, Corsair, naturalmente, pero ahora no.

—Es... urgente.

—Lo siento. Espero a Temple.

—De eso precisamente quería hablarle.

—Mire, Corsair, es inútil. Tengo que hablar con Temple. Si él le ha advertido a usted, sabrá por qué. Si no, puede usted esperar a hacerlo.

—Temple no está.

—Pero ha de venir.

Los ojos de Corsair parecían dos finas rendijas.

—Supongo que sabe lo que quiere, Anderson.

—Siempre lo sé. Le presento a *miss* Collins.

—Encantado, *miss* Collins.

Lanzó una mirada a Anderson y luego volvió a entrar por la cortina.

—Siéntate, *darling* —ordenó Anderson señalándole uno de los sillones.

Ella obedeció.

—¿Quién era? —preguntó en voz baja.

Anderson la miró como si no la hubiese oído. Pero al mismo tiempo, le hizo un leve gesto guiñándole ligeramente un ojo.

No había pasado media hora cuando Temple entró. Llegaba rodeado de aquella atmósfera de lujo. Impecable el terno gris, con un clavel blanco en la solapa, la raya de los pantalones afilada como un cuchillo y los guantes de cabritilla en la mano.

Lo seguían dos personas.

Al ver a Temple, parpadeó, ligeramente desconcertado.

—Querido Roy...

Roy se puso en pie.

—Hola, Isaac.

Luego se volvió hacia las otras dos personas.

—Melissa, es un placer. Los días no corren para ti. En cuanto a ti. Clarence, ¿no estás más gordo? ¿Por qué no vigilas la báscula todas las mañanas?

Los otros no contestaron. Se limitaban a mirarlo fijamente.

La mujer era sensacional. Ojos negros, grandes, brillantes. Cuerpo estatuario, cuyas curvas se encargaba de realzar un vestido en el que seguramente la habían metido con calzador, y una boca de labios gordezuelos que dejaban entrever dos filas de dientes exactamente iguales. Clarence era muy alto y efectivamente, comenzaba a desbordar el cinturón por mucho que intentase meter el barrigón y enarcar el pecho. Tenía dos ojos bastante juntos y una nariz larga y gruesa en la punta.

—Vamos a charlar un rato —dijo Roy desenfadadamente—. Os presento a miss Mary Collins.

—¿Amiguita? —preguntó Melissa.

—Amiguita —reconoció Anderson—. Una dulzura que alegra mis horas tristes. Saluda, Mary.

—¡Ooooh, encantada!

—Muy bien, ya nos conocemos todos. Ahora, Temple, ¿dónde podemos hablar?

—En el bar...

—Oh, no. ¿En tu habitación, quizá?

—Roy, ya sabes que míster Corsair...

—Míster Corsair no se opondrá, seguramente. ¿Subimos?

—Está bien, pero que conste que...

Anderson ya se encaminaba hacia la puerta del ascensor, de modelo anticuado, pero perfectamente bruñidos sus cobres y maderas.

Los cinco se apretujaron en él. Cuando llegaron al segundo piso, salieron.

Las habitaciones de Temple en el “Carminton” eran las mismas que ocupaba siempre que estaba en Nueva York. De las más caras del Club. Una *suite* que constaba de sala, dormitorio, y baño.

—Supongo que una copa...

—Gracias.

Temple se volvió a Anderson. Había perdido un poco de aquella seguridad y firmeza.

—Roy, eres un condenado imprudente...

—Por favor, ahórrame el sermón.

—Sí, lo eres. ¿Quién es esta...?

—Mi amiga. Ojo con las palabras, Isaac.

Melissa estaba dando la vuelta en torno a Mary. La observaba como pudiera hacerlo con un escarabajo que hubiera encontrado en su plato.

—Roy, antes eras mucho más exigente en materia de faldas.

—Los tiempos... y la necesidad. Pero no hemos venido aquí a, hablar de ella.

—Muchacha, vete a tomar una copa al bar —dijo Clarence.

—Se quedará aquí —respondió Anderson acerbamente—. Y eso me recuerda una cosa.

Se quedó mirando a Clarence.

—Especie de cerdo...

Le dio un puñetazo y lo lanzó contra la pared.

—¡Roy! —exclamó Temple—. ¿Estás loco? ¿No recuerdas dónde estás?

—No me importa. Yo no soy socio del “Carminton”.

Clarence se incorporaba, con una expresión asesina en sus ojillos.

Anderson le volvió a golpear en el mentón. Clarence se vino abajo.

—No te metas, Temple —ordenó Anderson—. Mira esto.

Sacó algo del bolsillo y se lo enseñó. Era una pistola.

—Se la quité al individuo que Clarence envió a mi oficina para que me pegase un tiro.

—¿Estás loco?

—¿No fue él?

—Claro que no, ¿cómo se te ocurre...?

—Entonces fuiste tú.

Se pasó la pistola a la mano izquierda y sacó la porra con la derecha. Pasó la mano por la correílla de sujeción.

—En ese caso, sentiré tener que romperte esa bonita cara.

Temple retrocedió.

—Roy, tú... tú has debido perder la cabeza...

—No, querido, aún no. ¿Quién envió a ese “pájaro de la nieve”, a ese drogado a mi oficina?

—Te puedo asegurar que sea quien sea el tipo que dices, ninguno de nosotros se hubiera atrevido...

—¿No, querido Isaac?

Anderson caminaba de puntillas hacia Temple. Con la pistola en una mano le apuntaba al vientre. Balanceaba en la izquierda la porra, en la que Temple tenía clavados los ojos.

Fue Melissa la que rompió el silencio.

—¿Por qué no nos portamos como personas sensatas? Roy, ¿qué te ha ocurrido?

—Lo acabo de decir. Alguien me envió a un tipo para matarme o lisiarme. Pocas horas después de haber hablado con Temple. Y eso no se lo hacen al hijo de mi madre.

—Espera un poco, Roy —dijo Temple—. Seamos sensatos, como dice Melissa. Yo no he hecho semejante cosa. Ya sabes que no entra en mi manera de ser...

—No lo sé, Isaac. Sólo sé que estoy, vivo gracias a que desconfío de todos. Y de todo.

—Suelta eso, Roy. Seamos... civilizados.

Melissa se acercó a Roy. Este la miró fijamente.

—No te pongas delante, Mel. Podría disparármeme la pistola sobre tu linda cara. ¿No lo habéis enviado vosotros?

—Seguro que no, Roy.

—¿Quién, entonces?

—Cómo podemos saberlo? ¿Alguno de tus... enemigos, tal vez?

Anderson se echó a reír sin alegría.

—Vosotros sois mis mejores enemigos, querida.

Se guardó la porra, pero no la pistola.

—Bien, os concedo el beneficio de la duda. Pasemos porque no hayáis sido vosotros, pero... vamos a hablar.

Clarence recobraba el conocimiento. Se puso en pie tambaleándose. Miró a Roy.

—Te voy a...

—No, no, Clarence —se interpuso Temple—. No, de ninguna manera. Ya hemos conseguido que Roy se avenga a razones. Veamos, tómate una copa y charlemos como antiguos amigos.

Roy pasó un brazo sobre los hombros de Mary.

—Temple, llena los vasos. Pero no manipules en ellos. No te perderé de vista.

—Por Dios, cómo puedes decir una cosa así...

—Aún recuerdo lo que hiciste en el vaso de Tolliver, y de lo que le costó al hombre recuperarse. Y creo que no llegó a reponerse del todo.

—Aquello fue... un desgraciado accidente.

—Tú sabes provocar esos “desgraciados accidentes” como nadie, Isaac. Eres especialista en esos trucos. Pero vamos a dejarlo.

Templé le puso un vaso en la mano. Otro en la de Mary.

—Seguramente, usted, señorita, dispensará las brusquedades de nuestro común amigo... Es un corazón de oro, pero, a veces...

Movió la cabeza afablemente.

—¡Ooooh, conozco a Roy! No mucho, pero algo... Movié las pestañas, movió las caderas y dejó la frase colgando. Temple la observaba con amistosa atención.

—Es usted encantadora —dijo—. Encantadora definitivamente. Y ahora, Roy, querido amigo...

—Ahora, *Roy querido amigo* te va a pedir un favor. Un pequeño favor, Temple.

—Pues... si está en mi mano...

—Quiero participación en el negocio.

—¿En el negocio?

Melissa había maniobrado de tal manera que se había colocado junto a Mary. Con un movimiento bien calculado, le tiró el vaso que la última sostenía en la mano. El whisky manchó el rojo vestido.

—Oh, querida, tendrá que perdonarme. Qué torpe soy, ¿verdad?

—Usted... ¡usted lo hizo a propósito, estúpida!

—Claro que sí —Roy empujó a Melissa y la apartó—. Naturalmente. A Mel no gusta la competencia. Cualquier mujer cerca de ella es como un trapo rojo para un toro español. Mel, si vuelves a usar alguno de tus trucos no voy a tener más remedio que abofetearte. Apártate de la chica.

—A mí nadie me llama estúpida.

—Calma, calma, querida Mel —intervino Temple lanzándole una mirada de advertencia—. Mucha calma. Roy, no sé lo que quieres...

—Quiero parte en el negocio del chico Lavarede. Eso es todo.

—Pero... Mira, Roy, ya te he prometido una cantidad...

—Quiero parte. El negocio es el negocio. Y vosotros vais a sacar una suculenta tajada.

A su espalda oyó la respiración de Mary. Confió en que no se delatase. Al mirarla de reojo vio que el rostro, pintado hasta parecer el de una muñeca, estaba impasible. No parecía mala actriz.

—¿Tajada? Mi querido Roy

—Tajada he dicho. El chico vale millones, ¿no?

—¡Millones! ¡Tú estás loco!

—Roy, baja a la tierra. —Era Melissa la que hablaba—. No sabes nada. Estás marcándote un farol.

—He tomado mis informes. Se trata de la fortuna de Leticia Lavarede. Y asciende a bastante.

—¿Informes?

Temple quedó un momento pensativo.

—Mi querido Roy, este asunto hay que aclararlo cuanto antes. Mi amistad con el joven Lavarede ha sido puramente superficial, la de dos buenos amigos que se reúnen para charlar, asistir a las carreras, una cena en “Delmonico”, o en “Charlie”...

Fue bajando lentamente el volumen de voz ante la mirada sarcástica de Anderson.

—... eso ha sido todo, pero de ahí a pensar que...

—Bueno, en ese caso, ¿dónde está?

—Pues... no puedo decírtelo, porque hace diez días que no sabemos... que no sé nada de él.

Anderson se volvió a Melissa.

—¿Y tú?

—Lo mismo. Yo lo conocía aún menos que Isaac.

—Me será muy fácil comprobar ese extremo acercándome a “Delmonico” o a “Charlie”.

Cogió a Mary del brazo y la llevó hasta la puerta.

—Por ahora lo dejamos así. Por ahora. Es decir, hasta mañana. Mañana quiero la contestación. Si hay asunto, quiero parte. Por vosotros estoy en este momento de etiqueta con la policía, pero este asunto no lo voy a dejar escapar. ¿Entendido? Mañana espero la respuesta, Isaac. Y procura que sea afirmativa, porque... de lo contrario van a empezar a ocurrir cosas.

Se volvió a Clarence que lo contemplaba con un brillo asesino en la mirada.

—En cuanto a ti... otra bromita como esa y te meto siete razones de plomo en la tripa. ¿Entendido? Mañana quiero el nombre del tipo al que convenciste para que pagara al *pajarito de la nieve*.

Abrió la puerta y ambos salieron. La joven iba a hablar, pero él le apretó firmemente el brazo.

Bajaron y buscaron el coche. Una vez dentro, mientras lo ponía en marcha. María dijo:

—Ahora lo voy comprendiendo todo.

—¿Qué?

—Esa gente... esa gente sabe dónde está mi hermano.

—Por supuesto, creo lo mismo. Pero era la única manera de proceder. Ahora tendrán que decírmelo.

Ella guardó un momento de silencio.

—Usted... usted los conocía ya de antes.

—Sí.

Se volvió hacia ella.

—Es la hora de comer. ¿Quiere hacerlo conmigo? Vaciló un momento.

—¿Le importaría hacer un viaje un poco largo?

—¿Para ir a dónde?

—A mi casa. Quiero ver cómo sigue mi abuela. Anoche estaba bastante mal.

—Conforme. Hay que darles tiempo.

La salida de Manhattan ofreció dificultades por el tránsito del puente. Una vez en Long Island, los inconvenientes se acrecentaron. Eran casi las dos cuando llegaron a East Hampton.

Apenas habían hablado hasta entonces. Cuando faltaba poco tiempo, María dijo:

—Lo presentaré como un amigo mío.

—No hay inconveniente.

—Escuche, quiero decirle que... tengo más confianza en usted.

—Gracias.

—¿De qué conocía a esa gente? A esa espantosa mujer y a esos tipos...

—Es una historia un poco larga. Lo dejaremos para mejor ocasión.

—Es allí —dijo ella señalándole una casa que se elevaba en una colina de poca altura y rodeada por un frondoso parque. El otro lado de la colina

descendía hacía el mar. Y había un embarcadero con dos balandros y un yate amarrados a él.

—Bonita choza —dijo Anderson.

—Espero que mi abuela... Oh, bueno, nada. Supongo que tendré que cambiarme de traje antes de ir a verla. Espéreme en el vestíbulo.

Un mayordomo negro los atendió en la entrada.

—La señora está un poco mejor, señorita. El doctor está con ella.

—Gracias. Espéreme aquí, ¿quiere?

—Sí.

Y ella desapareció escaleras arriba. Anderson quedó junto al ventanal que daba al parque, fumando un cigarrillo.

CAPÍTULO V

Parecía una muñequita, arrugada, perdida en aquella cama enorme con dosel de damasco.

Miró a Anderson y le tendió una mano transparente.

—Tiene usted cara de osado —dijo—. ¿Es usted muy decidido?

—Sí, señora.

—¿A todo?

—Por regla general, sí.

—¿Le agrada María?

—Pues...

—Si le gusta lo suficiente, coja el coche más rápido que tenga, pase la frontera con ella y oblíguela a casarse con usted.

—Lo pensaré, mistress Lavarede.

—Entonces no lo hará. Esas cosas hay que hacerlas así, sin darle tiempo a una chica a reflexionar. Eso hizo mi marido conmigo. Al principio, luché como una sabina, pero luego hube de atender a sus razones, que a veces apoyó con los puños. Y fuimos muy felices.

—¿Puedo pegarle, entonces?

—Si es necesario, sí. Pero, siempre que usted esté dispuesto a casarse con ella.

—Lo tendré en cuenta, mistress Lavarede. Pero no debe usted fatigarse.

—No podría hacerlo. Ese estafermo de doctor me vigila como si con mi muerte no fuera a embolsarse medio millón de dólares.

—Querida Leticia... —dijo el doctor.

—Cállate. Estoy hablando con este muchacho de la mandíbula cuadrada. ¿En qué se ocupa usted?

—Negocios, mistress Lavarede.

—¿Honrados?

—A veces.

—Entonces le darán poco dinero. Alterne los honestos con los deshonestos y puede que logre la fortuna que hizo mi marido. Y ahora, déjenos solos a mi nieta y a mí.

Anderson salió del inmenso dormitorio y esperó en la sala. Al cabo de media hora, la muchacha se reunió con él.

—El doctor Lafargue me ha dicho que pasará la noche. Podemos irnos una vez que haya usted comido algo.

—Parece fuerte.

—No quiere morirse sin saber qué ha sido de mi hermano. Vamos.

Lavarede comió algunos emparedados y bebió dos vasos de whisky. Luego, se pusieron de nuevo en camino hacia Manhattan.

—Míster Anderson...

—Me llamo Roy.

—Roy... ¿ha recibido usted dinero de Temple?

—No, pero me va a dar.

—¿Por qué?

—Por callarme.

—Y... ¿piensa complacerle?

Anderson se volvió para mirarla.

—Usted lo sabe tan bien como yo. Le sacaré dinero a Temple porque es un maldito estafador, pero usted me contrató primero. ¿No me cree?

—No lo sé. Es usted un hombre... extraño.

—Estúpido más bien, diría yo. Pude meter a Temple en la cárcel hace tiempo, pero... Bueno, eso pertenece a la historia de que le hablé.

—¿No quiere contármela?

—No, por el momento. Lo que sí necesito es que usted me crea. Estoy de su parte, Mary. Lo crea o no.

—Lo creo. Y la prueba de ello es... que voy a contarle la historia.

—¿La de los millones de mistress Lavarede?

—En parte.

—No es necesario.

—¿Cómo que...? ¿Es que la conoce?

—Puedo imaginármela. Su abuela está a punto de morir y ustedes dos heredarán toda o casi toda su fortuna, ¿no es eso?

—Sí.

—Y temen que su hermano se haya visto enredado en algo que le pueda costar parte de esa fortuna.

—Exacto.

—Lo he supuesto. Temple no se pondría en campaña si no fuera porque... hay mucho dinero a la vista. Si ha sabido que su hermano iba a heredar tan pronto como su abuela muriese... le retendrá hasta que esté seguro de que ya es el heredero...

Dio un golpe al volante.

—Burro de mi.

—¿Por qué?

—Su abuela... ¿tiene confianza en el doctor Lafargue?

—Por completo. Asiste a la familia desde hace muchos años.

—¿Y en los sirvientes?

—En todos. Llevan muchos años con la familia. El mayordomo, casi treinta y cinco años.

—¿Hay alguien más en la casa, aparte de los sirvientes?

—Pues... el secretario de mi abuela. Un abogado joven...

Anderson la miró.

—¿El que le habló mal de mí?

—Pues sí. Es el apoderado de los negocios de la abuela.

—Y... ¿tiene usted mucha confianza en él?

—La tengo.

—Deme su nombre.

—¿Por qué razón habría de hacerlo?

—Porque yo se lo pido. Escuche, Mary, y métase esto en la cabeza. No estamos jugando a policías. El asunto es muy serio. Conozco bien a Temple, a Mel y a Clarence y... a otros. Harán todo lo posible porque su abuela se meta en negocios con ellos. Necesitan el dinero.

—Pero... eso... es horrible.

—Horrible, sí, pero esas cosas ocurren. Ustedes, desde su campana de vidrio de la Gran Sociedad, no saben hasta qué punto pueden llegar tipos como Temple. ¿Ha visto a ese abogado cuando hemos estado en la casa?

Ella alzó la cabeza desafiante.

—Sí.

—¿De qué han hablado?

—Eso se queda para nosotros.

—No sea estúpida.

—¡Cerdo!

—Bueno, lo soy, pero... me gustaría saber algo más acerca de ese abogado.

¿Es su prometido?

—No. Y no quiero hablar más del asunto.

—Bueno, confiemos en que el médico y los sirvientes sean de confianza absoluta. Pero si yo fuera usted, telefonaría diciéndole al doctor Lafargue que tuviese los ojos bien abiertos.

—Tiene usted la mentalidad de un criminal.

—Me he movido mucho entre ellos y los conozco bien. Es más, lo que haría sería volver y no separarme de esa anciana encantadora.

Ella vaciló.

—No puedo creerlo. Jack... sería incapaz de semejante cosa.

—¿Por unos cientos de miles o algún millón? Vamos, María, tiene usted que aprender algunas cosas.

Hizo una pausa.

—¿Sabe usted lo que es el “Carminton”?

—Un club... un club que admite a algunas personas... raras.

—No, *miss* Lavarede, mi encantadora ingenua. Todos los que viven y se alojan en el “Carminton” han tenido algo que ver con la ley. O mucho, en algunos casos. El “Carminton” les cobra una elevada cantidad por sus servicios, que no son solamente los de darle comida y albergue.

—Pero, entonces...

—El club se encarga de proporcionarles coartadas en los casos en que las necesitan, entregar fianzas y ayudarles cuando lo precisan. No han sido pocos los que se han visto en posesión de una documentación falsa para huir a Hispanoamérica al verse perseguidos por la policía. Sí, el club hace

todo eso por ellos. Y... también en el Club encuentran los socios gente para sus manejos cuando les es necesaria. Solamente hay una regla que deben observar rigurosamente: la de no ejercer sus mañas dentro de los límites del “Carminton”. En cierta ocasión un socio olvidó esa norma y su cadáver apareció en el Hudson con doscientas libras de cemento en los pies.

—Pero... usted sabe eso y la policía...

—La policía también, pero... no puede hacer nada. Se volvió hacia ella bruscamente.

—Temple y Clarence encontrarán gente en el Club que les ayude en el asunto de su hermano si les es preciso. No serán ellos solos si los millones son muchos. Serán... tantos asesinos, ladrones y rufianes como hagan falta. Ella aspiró el aire fuertemente.

—Y usted...

—Yo me vi metido... pero eso es otra historia. Y ahora, debería telefonar al médico... o al mayordomo. Alguien habría de cuidar de que su abuela no vea precipitado su tránsito al más allá. Son muy capaces de ello, métselo en la cabeza.

—Detenga el coche.

—¿Vuelve? La puedo llevar.

—No, lo haré yo sola.

—Espero que no se haya molestado conmigo.

—No, pero ha conseguido intranquilizarme.

—La llamaré mañana por teléfono. Si nada ocurre, puede que la necesite. Ella le lanzó una larga mirada.

—Hágalo.

Y se bajó. Un taxi amarillo pasaba libre en ese momento. Le hizo señas y subió a él.

Anderson se estaba dando una ducha, cuando el conserje le llamó por teléfono. Había dado al hombre cincuenta dólares extra, como solía hacer todos los ceses para que le informase de quién subía a su piso o preguntaba por él.

—Una mujer, míster Anderson.

—¿Morena?

—Sí, señor.

—Hágala subir.

Se secó, se arrolló una toalla a la cintura y abrió puerta. Melissa Turner estaba en el umbral.

—Hola, Roy, ¿puedo pasar? ¿O tienes a esa golfilla en tu dormitorio?

—Estoy solo, Mel. Pasa.

Cerró la puerta. Se dirigió al armario y sacó una botella.

—¿Un whisky? —Ponlo cargadito.

Mientras lo servía, ella caminó hacia él, con pasos de gato. Le echó los brazos al cuello.

—Aparta.

—Roy, ¿es que te has olvidado...?

—No he olvidado nada. Por eso te digo que apartes las garras de mi cuello.

—Roy, hermoso...

—Cállate.

La empujó y la tiró sobre un sillón. Ella lanzó un quejido.

—Sigues siendo el mismo oso huraño de siempre. Aunque... no hace mucho tiempo te comportabas de otra manera conmigo.

—Sí, hasta que tú me demostraste que estaba perdiendo el tiempo. Toma tu bebida. Y ahora, ¿qué quieres?

—Verte, Roy.

—Vete al diablo. ¿Qué es lo que quieres, en realidad? ¿Qué te ha encargado Temple buscar aquí?

—Roy...

—Deja eso ya. ¿Qué ha sido?

—¿Es que no puedo querer verte, simplemente? Estar contigo y...

—No. No es eso. Durante diez meses no has sentido necesidad alguna de verme. El apestado Roy Anderson, y todo eso. Por última vez, ¿qué quieres?

—Roy, vengo a proponerte un pacto.

—Enhorabuena. ¿Qué clase de trato?

—Roy, hay mucho dinero a ganar en este asunto. —Lo sé.

—Y lo podemos ganar tú y yo

—¿Sin Temple ni Clarence, ni el resto del Club “Carminton”?

—Solamente tú y yo, Roy.

—Bueno, ya vamos progresando. ¿Cómo?

—Pues... eso es lo que tenemos que arreglar tú y yo. —Decidámoslo.

Ella se puso en pie. Avanzó con los brazos extendidos.

—No, quietecita, nena. Sepamos primero lo que ha ocurrido. ¿Dónde está el crío?

—No lo sé.

—Vaya. ¿Qué has hecho con él?

—Fue idea de Temple, como siempre, Roy. Yo tenía que...

—Tú tenías que deslumbrar al niño. ¿Cómo ha sido esta vez? ¿La viudita desamparada, pero fuerte en su dolor? ¿Cómo lo volviste loco?

Ella abrió mucho los ojos.

—Hay pocas cosas que te pasen inadvertidas, ¿verdad?

—Pocas, en efecto, y más si se trata de tus mañas. Las conozco.

—Contigo no las utilicé, Roy. Yo... estaba enamorada de ti.

—Cuéntaselo a Papá Noel. Es el encargado de hacer que los niños se crean historias.

—Es lo cierto. Yo te amaba. Yo... te amo todavía.

—Ponlo por escrito. No me toques. ¿Qué ocurrió?

—El chico se enamoró de mí.
—Primero de todo: ¿Qué ha hecho Temple con él?
—Le quería colocar acciones de la “Houston Consolidated”.
—¿Petróleo?
—Sí.
—Que solo existen en el papel, claro. ¿Tragó el anzuelo?
—Parecía dispuesto a picar, porque...
—Porque tú le convenciste de ello. Supongo que no tendrías que emplearte a fondo. Un chico de veinte años...
—Ya sabes que tengo que hacer lo que Temple quiere.
—Y lo haces muy a gusto, además. Bueno, picó. Pero... ¿cómo compró las acciones?
—Firmó un contrato condicionado a la recepción de la herencia. Temple lo recogió.
—¿Lo tiene aún?
—Sí.
—¿Dónde?
—Ahora no te lo voy a decir... todavía.
—Bien, y en ese caso... ¿Qué habéis hecho con el chico?
—Ahí está lo más curioso. Desapareció.
—Vamos, Mel, ¿me vas a decir eso a mí?
—Pero es cierto, Roy. Desapareció.
—¿Por qué?
—Porque...
Vaciló.
—Se había enamorado de mí y quería casarse con migo.
Anderson sé echó a reír. Una carcajada larga, interminable.
—¿Contigo?
Un ligero tono rojizo ascendió a la cara de la mujer.
—Sí, conmigo —respondió desafiante.
—Pero... bueno, es de suponer que no le habrás hablado de tu pasado.
—No tenía por qué hacerlo. El maldito crío se enamoró de mí y quería casarse. Cuando le hice ver que tenía más años que él... se puso como loco. Luego desapareció.
—¿Dónde crees que pueda estar?
—No lo sé. Tal vez en su casa.
—No. Me han encargado que lo busque. Allí no está.
—¿Quién te lo ha propuesto?
—Un abogado.
—¿Quién?
—No importa quién. Pero en su casa no está.
—No lo sé, Roy. No sé dónde pueda estar.
—¿Habéis ido a algún lugar, los dos juntos?

—Bueno, fuimos a varios... Pero no está en ninguno de ellos. Y Temple tiene interés en encontrarlo. No quiere que se vuelva atrás. Aunque tiene el documento, no desea correr riesgos.

—Bien, y tú, ¿qué es lo que quieres hacer? ¿Traicionar a Temple?

Ella lo miraba profundamente.

—Contigo, no me importaría.

—¿Y qué podríamos hacer?

—Apoderarnos del documento. Yo sé dónde podríamos encontrarlo.

—¿Dónde?

—Eso te lo diría cuando...

Apartó la mirada.

—Cuando decidas venir conmigo.

—Voy a pensarlo.

—Tienes que hacerlo ahora.

—Tengo que pensarlo, pero sabes que Temple nos echaría encima a todo el club “Carminton”.

—¿Te importaría eso?

—Depende de lo que sacásemos. ¿Qué haríamos con el documento?

—Temple puso a mi nombre la “Houston Consolidated” cuando la policía lo persiguió hace seis meses.

Anderson empezaba a comprender.

—Así que si consigues el documento serías tú la dueña de los millones o... ¿cuánto dinero pensaba comprar en acciones el crío?

—Dos millones de dólares.

Anderson silbó suavemente.

—Pero... entonces, ¿para qué diablos me necesitas a mí?

—Porque hay que apoderarse del documento y solo tú puedes hacerlo.

—Pero Temple ha debido cubrirse para poder apoderarse del dinero, ya que la Houston está a tu nombre. Nunca ha sido idiota.

—Es que hay un documento privado por el que le cedo la mitad de la Houston tan pronto como él quiera. Y de ese otro documento tienes que apoderarte también.

Anderson se sujetó bien la toalla a los riñones.

—Vamos a hablar un rato, Mel. Un buen rato.

CAPÍTULO VI

—¿Boy?

—¿Sí? Hable, Mary.

—Roy, he estado hablando con el doctor. Dice que el estado de mi abuela no es del todo insatisfactorio.

—Diablos, siempre con su jerga. ¿Qué quiere decir?

—Le he pedido que la lleven a un hospital.

—¿Y no quiere?

—Dice que si insisto, lo haremos, pero...

—Escuche.

Roy se sujetó el auricular con el hombro y encendió un cigarrillo. Estaba pensando furiosamente.

—¿Había alguien delante cuando usted se lo pidió?

—Sí, estaba Jack.

—¿El abogado?

—Sí. —Había un tono de reticencia en la voz de la muchacha.

—¿Dijo algo Jack?

—Pues... que el doctor es el que ha tratado siempre a la abuela. Que para llevarla al hospital siempre hay tiempo, pero... El caso es que mi abuela les apoya. Dice que quiere morir en su cama, no en el hospital.

—La valiente anciana... Mary, escúcheme bien; si quiere que su abuela pase de esta noche, no insista en que la lleven al hospital.

—¿Qué quiere usted decir?

—Eso mismo. No insista. Mañana veremos lo que podemos hacer.

—No le entiendo bien.

—Haga lo que le digo. ¿Pueden escucharla?

—No. Estoy hablando desde el teléfono del *hall*... Creo que no.

—Asegúrese...

Ella tardó un rato.

—No pueden oírnos ya. Pero no entiendo...

—Mary, si hay alguien en la casa interesado en que su abuela no viva mucho tiempo, y usted insiste en que la saquen de la circulación, esa persona puede querer precipitar las cosas. ¿Entiende?

—Pero ni el doctor ni Jack...

—Haga lo que le digo, ¡con un diablo!

—Está bien. Lo... haré.

—Trataré de verla mañana, pero si no lo he hecho a mediodía, llámeme por teléfono a mi oficina.

—De acuerdo. ¿No ha logrado saber nada de Eli?

—Todavía no. Llame mañana.

Colgó.

Se colocó la chaqueta y se aseguró de que la pistola saldría de la funda suavemente. Abrió la puerta de cuarto y salió.

Su coche estaba aparcado muy cerca. Pero ya antes de llegar a él, vio al hombre.

Estaba apoyado en la pared. Comenzaban a caer pesadas gotas de las primeras lluvias del otoño.

El hombre era de mediana estatura y muy ancho de hombros. Llevaba el sombrero calado hasta los ojos.

—Hola, Anderson.

—Hola, teniente.

El hombre alzó la mano y le dio un amistoso golpecito en el pecho con el índice.

—¿Artillería?

—Las cosas, teniente. Aún conservo mi licencia, ¿no lo recuerda?

El teniente Muchs, de la policía metropolitana, sonrió.

—Lo recuerdo. Yo mismo hice lo posible porque la conservase. Es algo que me gustaría que recordase usted de vez en cuando.

—Lo recuerdo, Muchs.

—Hace frío. ¿Va muy lejos?

—No mucho. ¿Puedo dejarlo en alguna parte?

—No, gracias. Tengo el coche en la esquina.

—Diga la verdad, Muchs. ¿Me esperaba?

—Pues... pensé que quizá un rato de charla...

—¿Sobre qué?

—Pues sobre sus asuntos. ¿Van bien?

—No puedo quejarme.

—Hace unos días no lo iban. Le pregunté al conserje de su departamento.

Anderson sonrió.

—Teniente Muchs, usted es un tipo honrado.

—Todos los policías lo son —protestó el otro blandamente.

—Usted más que otros. Y no ha venido a charlar. ¿A qué?

Encendieron sendos cigarrillos. Un par de amigos fumando en la acera. Pero el tono de Muchs era seco, cortante.

—Anderson, usted ha vuelto por el “Carminton”. Uno de mis hombres lo ha visto.

—No lo niego.

—¿Recuerda que algo que sucedió en el Club estuvo a punto de hacerle perder la licencia?

—Lo recuerdo.

Muchs dio una larga chupada al cigarrillo.

—Sólo quería asegurarme de que no ha perdido la memoria. Y... de que si sabe alguna cosa, su obligación es hacer que la información me llegue.

—No lo he olvidado, Muchs.

—Eso es todo, muchacho.

Volvió a darle un golpecito en el pecho y se alejó. Anderson subió al coche. El bar estaba en penumbra. Sólo dos o tres borrachos dormitaban sobre las mesas. En el ambiente flotaba un olor agrio.

La muchacha estaba sentada en el reservado del fondo. Lo miró.

—¿Dispuesto?

—Y, claro.

Tiró medio dólar sobre la mesa. Ella llevaba un abrigo negro, medias negras y un pañuelo negro en la cabeza.

—Vamos.

Salieron. Ella se colocó junto a él en el baquet.

—¿Dónde? —preguntó Anderson.

—En Hoboken.

—Creí que era más cerca.

—Allí es donde tiene la casa.

Mientras atravesaban el Túnel Holland, Anderson, dijo:

—Mel, ve diciendo lo que hay que hacer.

—Los documentos los tiene en una caja fuerte pequeña, detrás del refrigerador. No te será difícil hacerte con ellos.

—No nos será difícil, Mel, porque tú... vas a venir conmigo hasta el final.

—Por supuesto.

Por el retrovisor, él le lanzó una ojeada. Melissa llevaba el bolso sobre las rodillas. Guiando con la izquierda, Anderson colocó la derecha sobre las rodillas. Ella se acercó más a él.

—Otra vez como antes, Roy.

—Sí, como antes.

Hoboken. Anderson guio hasta la Avenida Palisade. —Para aquí.

Se habían detenido en un lugar cercano al parque. Casas de un solo piso, algunas rodeadas de jardín.

—La tercera, Roy. Toma la llave.

Anderson cogió el objeto. El jardín era pequeño. Cuando llegaron a la puerta, la llave entró en la cerradura con suavidad.

Cerró cuando sintió a la joven entrar tras de él. Y, en la oscuridad, palpó la culata de la pistola. Luego, la luz se encendió. Un *hall* pequeño, amueblado discretamente.

—La cocina está a la derecha, Roy.

—Sí.

Se dirigieron a ella, pero esperó a que la muchacha pasara primero.

La luz. La nevera estaba en un rincón.

—Detrás.

—Sí.

Los brazos de la mujer se ciñeron en torno a su cuello.

—Despacio, nena. Lo primero es antes.

—Tenía tantas ganas de estar a tu lado de nuevo...

La voz de Mel era como un suspiro. Le hacía cosquillas en la oreja.

—Hace ya tanto tiempo que no estábamos así... solos y con el mundo por delante...

Por encima de la cabeza de la mujer, Anderson miraba a su alrededor. La cocina tenía una puerta a la derecha.

—¿Por qué hiciste aquello, Roy? Podríamos haber vivido juntos...

—Dinero, nena.

—Pero... si no conseguiste nada...

—Pero podía haberlo logrado.

—Clarence quiso matarte entonces.

—Clarence quiso matarme siempre.

—Isaac y yo lo convencimos.

—Gracias, hermosa. Y ahora...

—Espera un momento, Roy. No me gusta que cuando le digo a un hombre que lo amo esté pensando en otra cosa. No soy una basura... y tú lo sabes.

—Claro que sí.

El cuerpo de la mujer desprendía un perfume suave, pero penetrante.

—Cariño, si sigues pegada a mí no podré encontrar ni siquiera la caja fuerte.

—Espera un momento, Roy.

Se separó de él y se le quedó mirando con sus inmensos ojos negros.

—Estamos solos y eso puede esperar. Nadie viene aquí desde hace varios días. Hay una habitación al lado. ¿Por qué no tomamos una copa y... charlamos?

Roy sonrió.

—Conformes. Vamos.

Ella se dirigió a una alacena, sacó una botella y un vaso y se volvió hacia Roy. Este se había desabrochado la chaqueta.

—Mel, ¿qué le hiciste al muchacho?

—¿Roy... —? ¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Curiosidad. Quiero cobrar un dinero que me parece fácil. ¿Qué le hiciste?

—Ya te he dicho que se volvió loco por mí. Quería casarse. Inmediatamente.

—Y tú...

—Yo le dije que no podríamos hacerlo... por el momento. Entonces pareció volverse loco y...

—Mentirosa.

—No te miento, Roy.

—Sí. Tú sabes dónde está.

—Te juro que no.

—Temple lo ha matado.

—No, diablos, no podría hacerlo si quiere llevar adelante su proyecto. Lo necesita vivo.

—¿Y la vieja?

—Morirá. Entonces será la ocasión de Temple. Podrá hacer valer su compromiso y...

Se había acercado de nuevo a él, con los brazos extendidos.

—¿Y cómo podremos hacerlo valer... nosotros?

Ella abrió más aún los grandes ojos.

—Pero... ¿no comprendes? El muchacho saldrá de donde quiera que esté cuando su abuela muera. Tendrá que recoger la herencia... Esa es la mejor prueba de que Temple no lo ha matado. Él lo necesita vivo.

—Y yo también.

—Ven a la otra habitación, Roy.

Cruzó la cocina y abrió la puerta. Los ojos de Anderson se dieron cuenta de que la hoja de madera no se había abierto del todo. Sólo lo necesario para dar paso al cuerpo de Mel.

Esta encendió la luz del otro cuarto y se volvió hacia Roy invitadoramente.

—Cariño...

Roy la siguió, llegó a la puerta, la cruzó y...

Se volvió en redondo, sacó la pistola y golpeó.

La mano del hombre armada con un revólver se bajó, y el arma cayó al suelo. Un ahogado grito de angustia...

Anderson había golpeado con el cañón de su pistola. Volvió su arma hacia el fondo de la habitación y, casi sin mirar, disparó.

El hombre sentado sobre la cama, en el rincón del fondo, dio un salto epiléptico y aterrizó de bruces en el suelo.

—Quieto, muchacho.

Anderson se había vuelto. La punta de su pistola apuntaba a Mel y al hombre que lo había esperado detrás de la puerta. Este era un tipo alto, de faz cadavérica, crispada ahora en un rictus de dolor.

—Mel, Mel, hermosa mía, ¿aún no has aprendido a conocerme?

—Yo... Roy, te juro...

—Colócate sobre la cama.

—Pero, Roy...

—A la cama.

Ella caminó hasta el lecho y se sentó en él. Anderson no había perdido de vista al hombre.

—Tú, vete junto a ella.

El hombre no discutió.

Anderson lo miró colocarse junto a Melissa, siempre con aquel gesto de dolor en la boca.

—Tú eres nuevo. Y tu amiguito también. Pero tú estás vivo aún.

—Roy...

—Cállate. ¿Por qué no vino Clarence para prepararme la trampa? Bueno, es una pregunta estúpida. Clarence nunca se comprometió a acciones violentas si puede evitarlo.

Se acercó a ellos, después de abrir del todo la puerta. Tenía el oído atento a cualquier ruido exterior.

Se agachó y recogió la pistola caída. La sopesó. Sacó el cargador y vio que estaba lleno. Y una bala en la recámara.

—Mel, saca tu arma.

—No...

—Sácala.

Ella hurgó en el bolso y sacó una pistola pequeña, con las cachas de nácar. Sujetándola por el cañón, se la alargó a Roy.

Este la cogió. Luego, tiró la suya, con la que había disparado, al fondo de la habitación.

—Un momentito —dijo.

Se volvió al hombre que aún quedaba vivo.

—¿Quién te dio el encargo? Me llamo Anderson y la cosa va en serio. Ella te lo puede decir. No bromeo nunca cuando han querido tenderme una sucia trampa.

El hombre vaciló.

—Fue... un tipo. No lo conozco...

—No mientas, hermano.

Se acercó a él y le golpeó con el cañón de la pistola en la cara.

No se había quitado los guantes. El otro puso los ojos en blanco, y cayó hacia atrás.

Roy apartó a la mujer y registró los bolsillos del hombre. En uno de ellos había un *ticket* de cartón azulado.

—Los muchachos de Corsair han cambiado el color, pero no el formato —dijo sonriendo—. Mel, este tipo es del “Carminton”. ¿Cuánto tiempo hace que pertenece al club?

La mujer se colocó bien el pañuelo que cubría sus negros cabellos.

—Roy, si te digo la verdad...

—Dila y hablaremos.

—Era el primer trabajo de este tipo. Estaba a prueba de Temple.

—Comprendo. Si me eliminaba entraría a formar parte del Club. Los métodos de mi entrañable Isaac. De mi querido cerdo Isaac.

Se golpeó la mano izquierda con el cañón de la pistola.

—Mel, estás lista.

—¿Quieres decir...? Roy, Temple me obligó. Ya sabes que tengo que hacer lo que él quiera, pero...

—No me has entendido, nena.

Se volvió de espaldas, como si se fuera a dirigir hacia la puerta. Tras de él oyó un ruido. Sólo se volvió cuando el hombre al que había golpeado

estaba ya casi encima.

Y entonces, fríamente, disparó sobre él. El otro cayó hacia adelante, con los brazos extendidos.

Roy sopló en la boca de la pistola. Mel bajó la vista hacia el arma.

—Sí, nena, lo he hecho con la tuya. Alguien no va a tener mucho trabajo en investigar las huellas digitales de las dos armas que han disparado esta noche. Pero no encontrarán las mías, porque yo me ocupé de borrarlas en mi arma.

—Tú...

—Yo, sí. Espero por tu bien que no hayas tocado con los deditos desnudos estas cachas de nácar. Pero no me voy a entretener en investigarlo por mi cuenta. Ya lo averiguará la policía. Y ahora...

Abofeteó la cara morena de la mujer. Un derecho, un revés.

—Ven conmigo, maldita gata callejera.

Le dio un empujón y la llevó hasta la cocina.

—Abre la caja de caudales... si es que hay alguna detrás del congelador.

Viendo la expresión de sus ojos:

—No lo hay, ¿verdad? Mel, Mel, mi querida gata, creo que te di pruebas ya anteriormente de que no soy un idiota. ¿Quién te ha hecho creer que me he convertido en tal?

—Vamos, hemos de salir de aquí.

La empujó hacia la salida.

—Tú, primero.

Ella abrió la puerta. Con los ojos atentos, Roy la siguió. Pero nada ocurrió.

—Roy, escucha, ¿qué es lo que piensas?

—¿Qué es lo que pienso hacer contigo?

Examinó la calle. Vacía.

—Llévate al “Carminton” de vuelta, gata. Llévate al “Carminton” de nuevo. Pero antes tengo que hacer una llamada telefónica. Vamos, sube al coche.

—¿Quieres decir que no...?

—¿Qué no te voy a liquidar? No, espero que lo haga Temple por mí. No quiero mancharme las manos.

Había una cabina telefónica en el cruce con la calle 11. Anderson había subido hacia el norte, para no volver por el mismo sitio, sino para utilizar el Túnel Lincoln.

Se apeó y obligó a la muchacha a hacer lo mismo. La metió en la cabina y apretujados en ella, marcó el número de la central de Hoboken.

Habló durante un momento, después de haber colocado un pañuelo en el micrófono y luego salió.

—Vamos al “Carminton”.

Y emprendió la marcha. Eran exactamente las dos de la mañana.

CAPÍTULO VII

—Y ahora —dijo Roy—. Entra ahí y dile a Isaac que la trampa no ha saltado. Que han sido los perros los que se han quedado prendidos en ella. Vamos, entra, Mel. Explícaselo todo bien claramente y cuando termines dile que la próxima vez envíe contra mí a alguien con cerebro, no solo con sexo.

La empujó fuera del vehículo y la joven dio dos pasos, trastabillando, por la acera.

Anderson arrancó el coche y miró el reloj.

Las dos y media.

Suspiró pensando en su cama, caliente y acogedora, pero aún no había llegado la hora de zambullirse en ella.

Su punto de destino estaba al otro lado de la ciudad, al final de Long Island.

Guió a la máxima velocidad, y solo se detuvo en un bar de Jamaica, para tomar un café, dos rosquillas y un whisky doble.

Eran las cuatro cuando llegó a East Hampton.

Detuvo el coche ante la verja de la casa, y se apoyó en el timbre hasta que oyó los pasos de alguien que legaba, procedente de la casa del guarda.

—¿Qué diablos? ¿Está borracho?

—No. Quiero ver a *miss* Lavarede.

—¿A estas horas? ¿Está loco o borracho?

—Ni una cosa ni otra. Dígale que Anderson aquí. Vamos, rápido. —El hombre vaciló. Desde el lado de la verja contempló a Roy.

—¿Ha dicho Anderson?

—Eso mismo. Vamos, aprisa.

—Espere.

El hombre era viejo, y renqueaba. Desapareció la casa y volvió a salir al cabo de un momento.

Oprimió un pulsador y la puerta comenzó a abrir

—Pase con el coche. Al final del camino...

—Conozco el camino, gracias.

Guió por el sendero enarenado, entre medio de árboles, hasta alcanzar el porche de la casa de estilo colonial inglés.

La puerta estaba abierta, y María en el umbral.

—Roy...

—Sí.

—Pase.

El *hall* estaba iluminado solo por dos lámparas pie colocadas en los rincones. La joven llevaba una bata de noche, por la que asomaba el cuello de pijama rojo.

—¿Qué ocurre? ¿Eli...?

—No. Yo. Espere un poco, Mary, ¿podría ton algo?

—Venga.

Nuevamente lo guio hasta la cocina. Encendió luz y buscó en la inmensa heladera,

—¿Jamón cocido?

—Démelo. Y si tiene algo fuerte de beber... He conducido durante toda la noche.

Se sentó ante la mesa y alargó las piernas. Sus ojos estaban clavados en la joven mientras esta preparaba rápidamente unos emparedados de jamón. Colocó cinco ante él, en una bandeja de plata y luego desenroscó una botella de whisky.

—Prepararé café.

—Gracias.

Bebió un vaso entero de whisky y acometió los emparedados.

Luego, bebió una taza de café bien cargado.

—Diantres.

Sonrió.

—Gracias, Mary.

Ella encendió un cigarrillo y se lo alargó. Roy lo cogió y lanzó una larga humareda hasta el techo.

—Mary, ¿cómo está la anciana?

—Duerme tranquila.

—¿Estaba usted con ella?

—Está la enfermera, pero yo la he visto varias veces. Roy...

—Mary, ahora voy a ser yo quien le pregunte algo: ¿Eli acostumbraba a tener algún lugar...? No, lo haremos de otra manera. Cuando usted era niña, ¿no le gustaba estar sola en algunos momentos?

Ella lo contemplaba con sus ojos grises. Hizo un gesto de sorpresa.

—¿Sola? Sí, claro, por supuesto que sí. Me gustaba estar sola. Mi abuela no me mimaba, pero a veces resultaba algo absorbente. Por lo menos a mí me lo parecía. Y entonces, me iba a Little End, y entre las rocas...

Sonrió tímidamente.

—... Soñaba. Yo era Akaluha, princesa haitiana, o Lady Godiva, o Berenguela de Navarra... Usted no comprenderá...

—Creo que sí. Usted lo que quería era estar sola y soñar... Está usted muy bonita, Mary.

Los rasgos de la cara de la muchacha se endurecieron.

—Deje eso, ¿quiere?

—No sé si podría. Dispense. Pero esta noche he matado a dos hombres y he pegado a una mujer. Para mí, representa... una especie de descanso el oírle decir que aún hay alguien que sueña en cosas tales como en Berenguela, la esposa de Ricardo Corazón de León.

María alzó una ceja.

—Oh, no soy especialista en historia medieval, pero he oído hablar de algunas cositas. Puede pensar si quiere que las aprendí leyendo, pero la verdad es que...

—No pensaba eso de usted, Roy.

Este alargó la mano y cogió la de ella.

—Dispense a un pobre tipo que ha conducido toda la noche y... ha hecho todo lo demás.

—¿No era broma...?

—No. He matado a dos tipos que iban por mi piel. Y he pegado a Melissa Turner. Y la he dejado para que explique a Temple por qué lo he hecho. Aplastó la colilla del cigarrillo.

—Lo que quiero decirle, Mary, es que tal vez su hermano... se haya sentido alguna vez como usted, solitario, enfermo del espíritu...

Ella le apretó la mano.

—Espere, Roy... Un momento, déjeme pensar.

—Cuanto quiera.

—Eli... Eli tenía su cobijo de piratas... Bueno, él lo llamaba así. Era un lugar...

—Espere, Mary.

Cerró los ojos.

—Siga, pero no suelte mi mano.

Ella la soltó inmediatamente. Roy abrió los ojos.

—¿Por qué lo hace?

Ella guardó silencio. Un silencio obstinado. Roy lijo, dulcemente:

—Mary, la necesito.

—Deje eso.

—Lo digo en serio. Me siento sucio, pero todos los baños del mundo no me harían sentirme más limpio si los tomase. Sólo el contacto de su mano.

—Deje eso, Roy. No sabe lo que dice.

—Lo sé perfectamente, Mary. Pero si quiere me callaré.

—Sí, es lo mejor.

Roy suspiró.

—¿Dónde estaba ese refugio de piratas, como lo llamaba su hermano?

—Cerca de Little End. A una milla aproximadamente

—¿Ese terreno les pertenecía?

—Es de mi abuela, como casi toda la fortuna.

—Y... ¿nadie lo conocía? Quiero decir, ¿nadie sabía que su hermano iba allí a esconderse?

—Muy pocas personas. Mi madre, yo... Y algunos pescadores. Nadie más.

—¿Seguro?

—Pues... a no ser que Eli lo haya dicho a alguien nadie más.

—Comprendo. Mary, ¿qué le parecería una excursión a ese lugar?

—¿Ahora en la noche?

—Sí.

—Pues... Creo que podríamos dejarlo para mañana. —Ahora.

La puerta de la cocina se abrió lentamente. Roy lo sintió porque una corriente de aire frío le dio en la nuca. Se volvió en redondo.

Había un hombre en la puerta. Llevaba una bata sobre el pijama, y en su mano sostenía una pesada pistola.

—Jack —dijo la joven.

—Oh, eres tú. Me pareció haber oído ruido.

Miraba a Roy, y este le devolvía la mirada.

—Roy, le presento a Jack Devine, el administrador de mi abuela. Jack, es Roy Anderson, el detective.

—¿El que te dije que no contratases?

—Sí, el mismo, Jack.

—María; eres una muchacha excelente, pero un poco precipitada. Te lo he dicho muchas veces. Este hombre tuvo que ver con la policía. Un asunto sucio. No has debido contratarlo.

—¿Está usted enterado de mi asunto con la policía? —preguntó Roy serenamente.

—Sí. Lo siento, amigo, pero para encontrar al muchacho necesitamos alguien un poco menos... Bueno quiero decir otra persona.

—¿“Necesitamos”, Devine?

—Sí. Lo siento, repito, pero usted no es el hombre apropiado. María, si te has comprometido con él, estoy seguro de que por una cierta cantidad de dinero...

—¿Me vendería, Devine?

—No he querido decir eso. Quería decir...

—Hay muchas cosas que usted no parece querer decir, pero que dice. Supongo que eso es algo inherente a los abogados. No quieren comprometerse en algo que les pueda costar un proceso por difamación.

—Tómelo como quiera, Anderson, pero deje el asunto. María, he estado telefoneando a algunos amigos y me han dado las señas de varios detectives privados que podrían ocuparse del asunto con mejores garantías.

—Pero... Jack, el caso es que no deseo que ningún otro aclare esta cuestión, sino Roy.

—¿Roy? ¿Así estamos?

—Así, Devine.

Era Anderson el que hablaba. Miraba a la pistola. Devine se la guardó en el bolsillo de la bata.

—¿Para qué el arma, Devine? ¿Temía que hubieran entrado ladrones?

—Nunca se sabe. La casa está muy aislada y... Bueno, María, espero que lo pienses mejor. No es el hombre que te conviene.

Roy vio un fulgor en los ojos de la muchacha.

—Jack, lo siento, pero Roy seguirá encargándose de esto. Está decidido.

—Bueno, si lo tomas así...

—Lo tomo así. Jack, puedes irte a la cama. Ya ves que no se trata de ningún ladrón.

—Conforme. Pero, María, ten cuidado, por el amor de Dios. Este tipo...

—Devine.

—¿Qué ocurre?

—Ya me ha llamado tipo en dos ocasiones. No lo repita.

—Lo haré cuantas veces... Bueno, el caso es que usted tuvo algo que ver con la policía.

—Tómelo como quiera, Devine, pero no vuelva a llamarme tipo. Simplemente, no me gusta.

El abogado lo contempló con extraña expresión. Pareció ir a decir algo, pero cerró la boca.

—¿Estás segura de lo que haces, María?

—Completamente, Jack. Lo siento, pero... así es.

—Comprendo. Y supongo que la presencia de míster Anderson a estas horas en la casa...

—"Anderson, Investigaciones Privadas", no tiene horas fijas de trabajo cuando ayuda a sus clientes.

Devine dio media vuelta y salió de la cocina.

Anderson se volvió hacia la joven.

—Bien, ¿qué hay de esa excursión?

—¿No podríamos dejarla para mañana?

—Creo que no... a no ser que usted se niegue.

—No es eso, Roy, pero es tan tarde... Bien, espere, el tiempo justo para ponerme algo de abrigo.

—Aquí la espero.

No tardó más que diez minutos. Apareció envuelta en un anorak oscuro y con pantalones de pana.

—Vamos, pues.

—¿Le ha dicho a alguien dónde vamos?

—Oh, no. He pasado por el dormitorio de mi abuela, pero duerme tranquila.

—¿Está la enfermera con ella?

—Constantemente. Pero, Roy, usted tiene una mentalidad enfermiza...

—¿Me dice eso después de haber conocido a esos tipos?

Salieron.

—Mary, ¿hay alguna manera de abrir la puerta de la verja sin que lo sepa el vigilante?

—No lo necesitaremos. Little End está al otro lado. Iremos por el parque hasta la playa.

—Vamos, pues.

Subieron al coche.

—Conduzca usted, Mary. Conoce el camino.

La joven se sentó al volante y puso el coche en marcha. Rodaron, por el inmenso parque. El viento del mar llegaba hasta ellos, salobre y mezclado con gotas de una lluvia que comenzaba a caer.

La joven sin apartar los ojos del camino, dijo:

—Roy, ¿qué fue aquella historia? ¿No quiere contármela ahora?

—¿Le interesa?

—Digamos que sí.

—¿Por motivos personales?

—Dejemos eso. Digamos que... me sentiría más confiada en usted si la supiera. Hasta ahora lo único que conozco es que se vio mezclado en un lío con la policía.

—Sí, y los del “Club Carminton” tuvieron la culpa. Hizo una pausa, mientras encendía dos cigarrillos.

Puso uno de ellos en la boca de la joven.

—Hay un periodista, un amigo mío, Lou Watch, que quiso hacer una investigación sobre el “Carminton”. Sacarlos a la luz. Pero no es hombre de acción. Me ofreció ir a medias con las ganancias que podría sacar de la serie de artículos, si yo me metía en el “Carminton” y le contaba las interioridades del club.

Nueva pausa. Rodaban ahora por entre dos espesas paredes de árboles.

—Me metí en él. Conocía a Temple desde los tiempos del colegio y le convencí de que necesitaba dinero rápido. Él me ofreció proporcionármelo si le ayudaba en un negocio.

—¿Una de sus estafas?

—Exacto. Pero Melissa se encaprichó de mí. Ignoro por qué.

—Vamos, no sea modesto.

—Así es. Tan enamorada estaba que tomó informes sobre mí. Y le traspasó esos datos a Temple. De todas formas, conseguí enterarme de algunos de los negocios sucios del club, y entonces me montaron una trampa. Un hombre apareció muerto, con una pistola al lado. En el arma estaban mis huellas digitales.

La policía me detuvo. Conseguí demostrar que a la hora del crimen estaba en otra parte, pero las pruebas no eran muy... convincentes. No obstante, me absolvieron, pero hubo un buen lío. Y Watch no se atrevió a escribir su serie.

Hizo una nueva pausa.

—Eso fue todo, Mary.

—¿Seguro que todo?

—Seguro. A usted no la mentaría. Y menos esta noche.

—Gracias.

Roy puso su mano sobre la de la muchacha.

—¿Falta mucho, Mary?

—No.

Habían salido del parque. La playa se extendía ante ellos. Una playa áspera, encajonada entre dos promontorios rocosos.

—¿Todo esto es de su abuela?

—Todo.

Señaló un punto con la mano. Apenas se veía. Parecía una especie de cueva, entre dos rocas grandes. —Ese era mi refugio de lady Godiva.

La playa terminaba. El camino ascendía por uno de los promontorios rocosos.

—Roy, ¿qué venimos a hacer aquí, en todo caso? —No lo sé bien. Yo... tengo algunas veces una corazonada. He aprendido a dejarme llevar de ellas.

El camino terminaba casi bruscamente.

—Dejaremos aquí el coche.

—Escuche, este terreno, ¿está cercado?

—No, es demasiado grande para ello, pero todo el mundo sabe que es particular.

Cerró el contacto, y apagó los faros.

—La cabaña está a unas cien yardas de aquí, hado por ese sendero.

—¿No la utilizan ustedes?

—La usábamos para guardar redes. Mi hermano la amuebló y en ella pasaba muchas horas. Mi hermano quiso ser poeta en cierta ocasión, cuando tenía diecisiete años.

—Vamos.

Bajaron por el sendero. La oscuridad era tan profunda que Roy tropezó dos veces. La muchacha alargó la mano y cogió la del detective.

—Por aquí.

Roy se la estrechó. Ella no hizo ademán alguno de retirarla.

—Estamos llegando. Debí coger una linterna, pero es tal la costumbre que tengo de venir, que no pensé.

—Y yo me alegro de que no lo hiciera. Me gusta el contacto de su mano, María.

—Le he dicho que deje eso.

—Ya. El sucio investigador privado, el espía que mete las narices en los asuntos de los demás y todo eso, ¿no?

Tiró de la mano y atrajo a la joven hacia sí.

—¿No es eso?

Sintió el aliento de la joven muy cerca de él. —Roy, no he dicho eso.

—Pero lo estaba pensando, ¿no?

—Usted quiere decírselo todo.

—¿Sí o no?

—¡No! Y suélteme, me hace daño.

—Es lo que quería.

—¿Qué, violentarme?

—No, diablos. Usted... usted me ha enloquecido. No sé si será la noche, o... pero no, "es usted".

—Suélteme, Roy.

Había hablado casi dulcemente. El investigador la soltó violentamente.

—Vamos.

—Estamos ya.

Cuando llegaban a la casa, Roy tropezó de nuevo. —Cuidado. Espere aquí a que entre y encienda una luz. No hay corriente eléctrica. Mi hermano se opuso a que la instalaran. Se alumbra con petróleo y con gas embotellado. Se alejó de él y un momento después oyó el chirriar de una puerta. Luego, se encendió una luz.

—Pase.

Roy lo hizo. Una habitación arreglada con algunos muebles rústicos, redes en las paredes, y aparejos de pesca por todas partes.

—Bien, ya estamos, ¿qué esperaba encontrar?

—No lo sé. Ya se lo dije. Realmente, no lo sé.

Estaba mirando a su alrededor con atención. Pasó un dedo por encima de la mesa y luego repitió la operación en la estantería, en la que se veían los lomos de unos cuantos libros. Leyó los nombres de los autores: Browning, Keats, Shelley, Whitman...

Luego se miró el dedo.

—¿Qué hace? —preguntó ella.

—Nada. Miro, simplemente.

Había una puerta en el otro lado de la habitación. La abrió. Una cama plegable y una mesilla.

—Bien, Roy, si eso es todo...

—¿A quién perteneció esta cabaña?

—Se dice que a unos contrabandistas que en el siglo XVIII la utilizaban para sus alijos.

—Comprendo.

Roy se dirigió a la otra puerta. Daba a una cocina en la que había un hornillo a gas embotellado, y una alacena.

La joven lanzó una exclamación.

—¡Roy!

—Ya lo he visto.

Sobre la mesa había una lata de conservas abierta y un plato.

—Ya me fijé que no había polvo en la mesa ni en la estantería.

Miraba los platos. Había restos de comida en ellos y no estaban polvorientos.

—¿Dice que a unos contrabandistas?

Volvió al cuarto principal. Había una estera de fibra en medio de ella. Con

un brusco movimiento cogió la estera y la levantó.

Una trampilla se ofreció a su vista. Tiró de la argolla y la levantó.

—Alumbre, ¿quiere?

Ella se acercó con el farol.

Cuatro o cinco escalones de madera y...

—Vamos, salga, Eli.

Una cabeza despeinada apareció en el círculo de luz,

—¡Váyase! Lárguese de aquí. Tengo un revólver y...

—Vamos, salga, muchacho. Su hermana está aquí, conmigo.

—¡No quiero verla! No tienen ustedes derecho a venir aquí.

María dijo:

—Eli, sal de ahí inmediatamente.

—¡No quiero...!

Pero la cabeza asomó por la trampilla. Tras ella, el cuerpo del muchacho.

Era moreno, despeinado, y estaba bastante sucio.

—Eli, sube.

—Maldición, ¡no quiero ver a nadie!

Anderson le tendió la mano, lo cogió por la muñeca y lo levantó en vilo. Lo depositó en el suelo, sin esfuerzo aparente.

—No sea niño. Su hermana y yo queremos ayudarle.

—¿Quién diablos es usted? ¡Lárguese o...!

Le dirigió un puñetazo al mentón. Roy se apartó y el puño le rozó la oreja.

Los ojos del joven revelaban una furia salvaje. Levantó de nuevo el brazo...

Y Roy, de un rechazazo, lo tendió en el suelo.

CAPÍTULO VIII

—Lo siento —dijo Roy volviéndose a la muchacha—. Pero se había puesto histérico. Y tiene una pistola en el bolsillo.

Se la quitó y la dejó sobre la mesa. Luego cogió el cuerpo del joven, lo levantó y comenzó a abofetearle las mejillas sin demasiada fuerza.

El joven abrió los ojos.

—Pare —dijo María tensamente—. Vamos, deje de hacer eso.

—Es necesario.

—Lo comprendo, pero... no conoce a Eli.

—Oh, creo que sí. Muchacho, si me llega a sacudir en la cara, me deja dormido para dos horas.

El joven se sentó en una silla.

—¿Quién es usted?

—Es un detective privado que contraté para buscarte, Eli. Y ahora...

—Déjelo.

—Quiero que me diga por qué hizo esto.

—Déjelo, Mary. Muchacho, todos hacemos alguna vez una cosa por el estilo. No se preocupe demasiado. Lo trataron mal, ¿no es así?

—¿Cómo sabe...?

—Oh, yo sé algunas cositas. Ese tipo, Temple, le enseñó los dientes... ¿No es eso?

—Maldito tramposo...

—Pero lo peor fue Mel. ¿Verdad?

Los ojos de Eli se oscurecieron. María había dejado el asunto en manos de Roy. Se limitaba a mirar a su hermano.

—¿Qué sabe de ella...?

—Bastante. Sé que ha habido algunos hombres que se volvieron locos por ella, pero no lo merece. Ni tanto así.

Se mordió la uña del pulgar.

—No es más que una... bueno, una aventurera es un término que puede servir, aunque resulte muy dulce para ella. No se preocupe, muchacho. No es usted el primero que pierde la cabeza por ella.

—Si yo... si yo hubiera tenido algunos años más...

—No, muchacho, no es eso solamente. Ya le digo que a otros tipos, más viejos que usted les ocurrió lo mismo. No se preocupe. El caso es que... ¿qué le dijo ella?

—Me llamó... me llamó niño y me dijo que... Oh, prefiero no hablar de eso.

—No hable, entonces. Pero ya pasará, no se preocupe. Y ahora, muchacho, tenemos hambre y estamos helados. ¿No tendría usted un poco de café por ahí? Lo sorprendimos cuando estaba comiendo, ¿no?

—No, estaba leyendo. Oí el ruido del motor y...

Se cogió la cabeza con las manos y comenzó a sollozar.

—Eli, no seas...

Roy le tapó la boca con una mano. Le hizo una seña imperiosa.

—Mary, prepare usted el café. Tomaremos una taza y decidiremos lo que mejor podemos hacer.

La joven fue hacia la cocina y Roy puso una mano sobre el hombro de Eli.

—Vamos, muchacho. Llorar hace bien a veces. Yo también lo he hecho en algunas ocasiones y siempre me alivió. Pero ella no lo merece. Esta misma noche ha sido la culpable de que dos hombres muriesen.

Eli alzó los ojos.

—¿Sí? ¿Qué ocurrió?

—Se lo contaré mientras tomamos el café. Es largo. Pero sepa que los conozco bien. A Temple... bueno, usted lo conoce por Courtney, a Clarence...

—Ese maldito cerdo... Lo golpeé cuando me dijo que Mel era cosa suya. Le di en la boca hasta cansarme...

—Bien hecho. Pero... no decía una mentira. Mel y él han sido amantes.

El chico hizo una mueca de dolor.

—Y no ha sido él solo.

—Esa mujer me insultó. Creían... creían que me tenían bien cogido. Y cuando dije que invalidaría los papeles ante un abogado, me dijo... cosas horribles. Me insultó, me llamó niño mimado, estúpido, infantil...

—Y usted les demostró que no lo era. Bien hecho. Y ahora, entre todos, les daremos un poco de su propia medicina.

—¿Usted cree que podremos?

—Cuando yo se lo digo... Lo haremos, Eli, pero le necesito a usted.

—¿A mí? ¿De qué le puede servir un imbécil como yo?

—De mucho, Eli.

Roy se volvió. La muchacha estaba en la puerta. Traía una cafetera humeante.

Les sirvió. Roy encendió un cigarrillo.

—Es usted el único que tiene pruebas de que Temple y los otros han intentado una estafa. El único. Usted nos resultará inapreciable para colocarlos en el lugar en que verdaderamente deben estar: al otro lado de unas rejas.

—Yo...

—Sí, usted, repito. Mire, vamos a hacer una cosa. Volveremos a casa de su abuela...

Eli levantó los ojos...

—Me he portado como un cobarde. Ellos... ellos me amenazaron con matarme si intentaba volverme atrás del acuerdo.

—Puedo imaginármelo muy fácilmente. Pero no lo alcanzarán, Eli. De eso

me ocuparé yo.

—Cuando os oí llegar, pensé que serían ellos. Luego oí la voz de María, pero...

—Pero le dio vergüenza mostrarse. Comprendo. Todos hemos pasado por eso, muchacho. Y ahora, déjeme que piense un poco.

Tomó el café y salió al exterior. Aspiró a pleno pulmón el aire frío del mar cargado de yodo.

Caminó unos pasos hacia el acantilado. Se sentó en una roca y encendió un cigarrillo. Cuando lo terminaba, oyó algo detrás de él. Se volvió.

María.

—Gracias, Roy —dijo en voz baja y grave.

—¿Gracias por qué?

—Lo ha manejado usted... muy bien.

—Oh, solo he procurado ponerme en su lugar.

—He hablado con él. Está dispuesto a olvidar todo ese asunto...

—Yo, no.

—Se ha ganado usted el dinero, Roy. Los veinte mil.

Roy sintió un súbito deseo de pegarla.

—Muy bien. ¿Despedido?

—No he querido decir eso, Roy.

Estaba muy cerca. Alargó la cara y lo besó en los labios.

—Nunca le podré pagar lo que ha hecho por nosotros.

—Repita eso.

—Nunca le podré...

Roy la cogió entre sus brazos y la besó salvajemente. Ella gimió, pero sus brazos rodearon el cuello del hombre. Durante un siglo permanecieron con las bocas juntas.

—Mary, por el amor de Dios, estamos jugando con fuego.

—Nunca me asustó el fuego.

—No soy un hombre al que se pueda besar en un momento dado y tirarlo al cubo de la basura al siguiente.

—No he pensado tirarte a ningún cubo, Roy.

Lo cogió del brazo y, muy pegada a él, caminaron hacia la cabaña.

Eli estaba en la puerta. Los miró, a la luz del farol.

Había en sus ojos una expresión extraña. Pero no dijo nada.

—Podemos volver a casa de la abuela cuando quieran —dijo.

—Por mí me quedaría aquí lo que queda de la noche, que no es mucho —respondió Roy mirando a la joven—. Pero, sí, hemos de volver. Nos queda lo peor.

Hubo un silencio, y entonces los tres oyeron claramente el ronronear de un motor que se acercaba.

—Apague la luz —ordenó Roy.

El joven obedeció al momento.

—¿Viene mucha gente por aquí?
—Casi nunca. Algunos pescadores, y jamás de noche.
Hablaban en voz baja.
—Entonces... Usted, Eli, y tú, María, id a mi coche.
—¿Qué piensas hacer? —preguntó ella inquieta.
—No te ocupes de eso. Al coche. Yo los recibiré.
—No —respondió ella.
—Sí, maldición. Vamos, al coche.
—Si puedo ayudarle... —comenzó Eli.
—No. Vaya al coche con su hermana. Den la vuelta procurando hacer el menor ruido posible, y vuelvan a la casa.
—Pero... ¿cómo regresarás tú?
—No lo sé. Ya me arreglaré.
—Te esperaremos en el coche, pero no nos alejaremos.
—Está bien, rayos, pero sacad el auto del camino. Vamos, aprisa.
Los dos jóvenes echaron a correr.
Un momento después, Roy oyó el ruido del motor. Por entre los acantilados vio la luz del que subía.
Sacó la pistola, y se dirigió hacia las rocas donde había estado con Mary.
Con el familiar peso del revólver en la mano esperó. El coche ascendía en segunda. Vio los faros iluminar uno de los acantilados y luego, de pronto, cesó el ruido del motor.
Durante casi diez minutos, nada.
Luego, le pareció que las sombras se espesaban cerca de la cabaña. Una luz se encendió. Una linterna eléctrica.
La luz iluminó la puerta de la cabaña. Luego avanzó hacia ella. A su difuso resplandor vio que eran dos hombres. No conocía a ninguno de ellos.
Al menos, eran dos los que llegaban hasta la cabaña, pero alguno más podía haberse quedado en el automóvil.
Esperó aún. La luz llegó hasta la puerta, y esta se abrió. Vio el resplandor en uno de los cristales. Estaban examinando el interior de la cabaña.
Y entonces lo recordó. La puerta de la trampilla. La había dejado abierta cuando encontró al muchacho.
Salió de entre las rocas y caminó sigilosamente hasta encontrarse cerca de la puerta.
Un chasquido. Luego, una voz en tono bajo:
—No parece haber nadie aquí, Ben.
—Mira bien.
—No, no hay nadie... Voy a bajar a la cueva maldita. Cúbreme las espaldas.
—De acuerdo. Date prisa.
Pasos en las escaleras de madera...
—Tú —dijo Roy.

El hombre se volvió como si le hubiera picado una avispa.

Roy dio un salto de costado. *Sabía* lo que iba a seguir.

No se oyó más que un seco “plop”, pero algo zumbó por encima de la cabeza de Roy.

Este disparó a su vez. No podía fallar, y no falló. La detonación despertó los ecos dormidos del acantilado.

De un salto, Roy salvó el obstáculo del cuerpo que había caído dentro de la habitación y se colocó junto a la trampilla.

La luz de la linterna se había apagado. Roy sabía que en la oscuridad era invisible, pero así y todo, se mantuvo agachado para presentar menos blanco.

—¿Ben? —dijo una voz.

—Sal de ahí —respondió Roy.

“Plop”.

El otro había tirado guiándose por su voz. Pero ya Roy no se encontraba en el mismo sitio.

No quería disparar de nuevo, porque los disparos podrían atraer a alguien. Ignoraba si había casas cerca o no.

“Plop”. Esta vez la bala estuvo a punto de cazarlo. Simplemente, no podía continuar allí.

Sonriendo torcidamente, apuntó hacia la boca de la trampilla y disparó.

Un grito ahogado, un estertor...

Roy obró con rapidez. Encendió una cerilla, prendió el quinqué de petróleo y miró. Allá abajo, en el pequeño sótano, había un tipo caído. No lo conocía.

Tampoco al que había en la puerta.

Con rapidez, pero cuidadosamente, limpió su revólver y lo dejó en el suelo, junto al caído. Luego descendió los escalones y...

—¿Qué ha ocurrido?

—Dios mío...

—No es momento para desmayarse ahora —advirtió. Los dos jóvenes estaban en la puerta.—. Ayúdeme, Eli.

—Pero... ¿qué...?

—El “Carminton” nos ha enviado su tarjeta de visita, eso es todo. Ayúdenme a sacar este tipo, de la cueva.

Eli bajó y lo ayudó. Un momento después los dos cadáveres estaban en la puerta.

—Tenemos que darnos prisa... María, ¿te vas a desmayar?

El rostro de la muchacha estaba verde, a la luz del quinqué. Parecía descompuesta.

—No... creo que... no...

—No lo hagas. Eli, tenemos que llevar a estos tipos a su coche.

Metió su propio revólver en el bolsillo, pero sin tocarlo con las manos

desnudas.

—María, ¿puedes limpiar esa sangre en un momento?

Había muy poca. Unas gotas nada más.

—Hazlo. De todas formas, los dejaremos lejos de aquí.

María tomó un cubo y comenzó a limpiar el suelo. Mientras, Roy y Eli cogieron a uno de los cadáveres y lo llevaron hasta el coche. Una luz indecisa se filtraba por oriente. Llovía. Poco, pero llovía.

Encontraron el coche enseguida. Dejaron allí el cuerpo y volvieron por el otro.

Roy los colocó juntos en el baquet y puso el coche en marcha. Al ralentí.

Tiró su revólver y el de otro de ellos en el interior del coche. Se guardó una automática, provista de silenciador, en el bolsillo propio.

—Voy a dejarlos caer, desde algún lugar, al mar. ¿Cuál es el más a propósito?

—Pues... —Eli lo pensó un momento. Estaba pálido, pero parecía resuelto—. Hay un lugar, media milla más allá... Una cala profunda y un acantilado.

—Espléndido.

Se había puesto los guantes. Se colocó ante el volante y emprendió la marcha.

El sitio era ideal. Roy se bajó, siempre con el motor en marcha, y empujó el vehículo hasta encontrar una ligera pendiente. Sudaba, por el esfuerzo.

Luego, de pronto, el coche comenzó a rodar, cada vez a mayor velocidad. Dio un salto por el borde del acantilado y cayó.

Dos segundos más y un “plop”, seguido del ruido del agua al saltar hacia arriba.

Volvió a la cabaña. María había terminado de limpiar y estaba apoyada en la pared. Su hermano la sostenía por la cintura.

—Vamos —ordenó Roy.

Cogió una mano de la muchacha.

—¿Me has oído?

—Sí, este yo... creo que...

—No, no te vas a desmayar. No ahora. Tenemos que volver cuanto antes. Eli, ¿tardarán mucho en encontrar el coche?

—Pues... no lo sé.

La lluvia caía ahora torrencialmente.

—Puede que un par de días.

—Los suficientes. Ya haremos frente a las preguntas cuando lleguen.

Subieron al coche, y Eli se puso al volante. Roy pasó un brazo por encima de los hombros de María.

—Valiente muchacha —dijo. Con la mano libre sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Fuma. Te calmará.

—Yo... nunca creí que...

—Te has portado muy bien.

—Pero... esos hombres...

—Esos tipos, querida, venían por tu hermano. Venían a matarlo, o a cogerlo. No se han llevado sino lo que merecían. No te preocupes de ellos.

—¿Dónde vamos?

—A tu casa. Tengo algo que hacer allí.

Cuando llegaron a la mansión, entraron por la puerta de la cocina. Esta estaba a oscuras.

—María, ¿quieres ir a ver si tu amigo Devine está en su habitación?

—¿Devine? Pero...

—Hazlo, no discutas. Tengo algo que preguntarle, pero... no le digas que estoy aquí. Haz que baje.

La joven desapareció.

—¿Devine? —preguntó Eli.

—Sí, muchacho. Quiero preguntarle algo, como abogado de la familia.

Hizo una pausa.

—Eli —dijo de pronto con voz ligeramente aguda—. Colócate detrás de la puerta. No discutas, hazlo. Y no hables.

Había oído el ruido de pasos que se aproximaban.

El fino taconeo de la muchacha y otras pisadas, más robustas.

La puerta se abrió. La joven apareció en el umbral.

—Roy, aquí está Devine. ¿Qué querías...?

El abogado penetró detrás de ella. Llevaba una bata azul sobre un pijama blanco.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Estaba mirando a Roy Anderson fijamente. Una de sus manos, la derecha, estaba metida en el bolsillo de la bata.

—Hola, Devine.

—¿Qué han estado ustedes haciendo...?

Se volvió, como si hubiera oído o sentido algo. Al ver al muchacho, sus ojos se abrieron.

—¡Eli! Por fin apareces. ¿Dónde diablos te habías metido?

—Por ahí, Devine —respondió Anderson descuidadamente. Pero sus ojos estaban fijos en el abogado—. Por ahí.

El otro se volvió.

—Deje quieta la mano del bolsillo —dijo Roy—. No se le ocurra sacar la pistola.

Dio un paso hacia el abogado y este retrocedió. Sus ojos se habían estrechado.

—No sé qué diablos quiere usted decir...

—Lo sabrá enseguida, perro.

Anderson fue como un relámpago. Su mano derecha se movió en el aire,

cortándolo, y fue a golpear de canto en el brazo del abogado.

Este lanzó un gruñido, pero Anderson no había acabado con él.

Volvió a golpearle, esta vez en la cara, con la izquierda, mientras María lanzaba un grito. Devine vaciló sobre sus pies y fue a caer contra la mesa.

Anderson le sacó la automática del bolsillo y la tiró a un rincón.

—Especie de cerdo. ¿Cómo lograste que acudieran tan rápidamente?

—¡Roy, te has vuelto loco! —dijo María.

—No, nena. Este tipo llamó por teléfono tan pronto salió de esta cocina, mientras aún estábamos en la casa, y nos lanzó a los talones a aquellos dos puercos.

Sus ojos brillaban con furia. Alzó la mano derecha y golpeó a Devine entre ambos ojos. El abogado cayó tendido sobre la mesa, abriendo la boca, pero sin poder articular palabra.

Eli fue a sujetar el brazo del detective, pero este se lo sacudió.

—No, muchacho, quietecito. No estamos jugando, ahora. Vuestro amigo Devine se había puesto en contacto con Temple y con Clarence. ¿Cuánto dinero pensabas llevarte, puerco?

Devine lo miraba con ojos sobresaltados.

—María, tú... este hombre...

—Habla. ¿Cuánta parte? Tienes que decirlo, ahora, delante de ellos. ¿Cuánta pasta? Habla, si no quieres que siga golpeándote hasta que me duelan las manos, pero a ti te va a doler más en otro sitio. ¡Vamos, habla, ya hemos perdido bastante tiempo!

—Roy...

—Cállate. Tiene que hablar y lo va a hacer, porque de lo contrario...

Alzó la mano y la volvió a dejar caer. En el diafragma de Devine.

—¿Cuánto?

—Yo... este... tendría... una parte...

Parecía a punto de vomitar. De un solo impulso, Anderson lo precipitó fuera de la mesa, al suelo.

Cayó como un fardo.

—Ya lo han oído. Ahí lo tienen, a su abogado, al hombre que no quería que me contratases, Mary. Ahí lo tienes...

Encendió un cigarrillo mientras contemplaba el caído cuerpo.

Luego, se volvió a Eli.

—Átale las manos con una cuerda.

Eli y María miraban al abogado con estupor, un asombro aterrorizado, retratado en las pupilas.

—No... no es posible...

—Vaya si lo es. Me gustaría saber si lo planeó él todo o lo hizo Temple.

Supongo que este último, pero eso lo vamos a saber pronto.

Se dirigió al teléfono y lo descolgó. Marcó un número y esperó.

—¿Está Lou por ahí?

Aguardó.

—¿No? Bueno, llamaré a su casa.

Un nuevo número. Luego:

—¿Lou? No, diablos, no lo hago por fastidiarte a las seis de la mañana. O a las siete, bueno, da lo mismo.

Prepárate, porque dentro de un par de horas vas a tener una historia. Una magnífica historia. Un pisotón.

—Roy, ¿qué piensas hacer...?

María le había puesto una mano sobre el brazo. Sus grandes ojos le suplicaban.

—Descuida, nada que pueda atraer sobre vosotros... Bueno, pero no mucho, la atención de los periodistas. Estate preparado y cerca del teléfono toda la mañana si es necesario. Lou, ¿comprendes? Bien, de acuerdo. Y... bueno, ya hablaremos de la parte que me corresponda. Quizá te llesves una sorpresa, viejo vampiro.

Colgó.

Se quedó mirando a los otros tres. El abogado, sentado en el suelo, boqueaba.

—María, ve a ver si tu abuela sigue bien.

—Yo... Bueno, voy...

—Eli, busca una cuerda. Mientras tanto...

Se encaminó hacia Devine, lo agarró por las solapas y lo puso en pie.

—Coge el teléfono.

—Este... yo... usted se arrepentirá de esto.

—De acuerdo, me arrepentiré, pero, mientras tanto, coge el teléfono si no quieres que vuelva a sacudirte. Y te advierto que no voy a hacerlo flojamente, si no...

Alzó la mano. El abogado tendió la suya y cogió el teléfono.

—Llama a Temple. Al "Carminton". Yo te diré lo que has de decirle, y si cambias una sola de las palabras que te dicte, te aseguro que no vas a volver a ser hombre en lo que te queda de vida... si es que lo eras hasta ahora.

María apareció en la puerta.

—Duerme. La enfermera me ha dicho que este... Parecía incapaz de pronunciar el nombre, pero su índice señalaba a Devine.

—... quiso entrar dos veces en el cuarto.

—Lo suponía. Ahora, maldito asqueroso... marca el número de Temple. Y fíjate bien en repetir lo que yo te diga o...

Devine comenzó a marcar el número.

CAPÍTULO IX

Anderson, despeinado, con la barba de dos días creciéndole rubia en el mentón, fumaba un cigarrillo. Frente a él había una taza de café, vacía. Al otro lado de la mesa, la joven lo contemplaba. Se había quitado el anorak y vestía un suéter negro, muy ajustado. Sus ojos estaban casi cerrados.

—Roy...

—¿Sí?

—¿Qué es lo que piensas que...?

—¿Qué va a ocurrir? Lo has preguntado ya dos veces.

Eli no estaba en la cocina en ese momento. Pero en un rincón, con las manos sujetas y una expresión desafiante en los ojos, Devine los contemplaba a ambos.

—Es muy sencillo, preciosa. Temple vendrá. Y Clarence le acompañará y ojalá también lo haga esa maldita gata alegre de Melissa. Tengo ganas de verlos nuevamente a los tres. Y esta vez...

Hizo una pausa.

—Esta vez no se escapan.

—Pero... cuando ellos lleguen...

Anderson miró el reloj.

—Cuando lleguen, y no creo que falte mucho, yo los recibiré.

—¿Crees que... habrá tiros?

—No lo puedo saber. Probablemente.

Lo había dicho con tono indiferente. Se puso en pie.

—Pero procuraremos que tu abuela no se entere. ¿Dónde está Eli?

—Ha ido a verla.

—Haz que siga en el cuarto de la anciana. Prefiero estar solo cuando lleguen. Es decir, solo con esa basura.

Señaló a Devine. Este cerró los ojos y una mueca de odio crispó su cara.

—Ya debe faltar poco. Tan pronto como Devine les haya dicho que la anciana había entrado en coma y que había descubierto el escondrijo de Eli, se habrán puesto en campaña.

Sonrió torcidamente. Luego, de pronto, alargó la mano y cogió la de la joven.

—Hubiera podido ir al “Carminton”, pero... no habría llegado muy lejos. Aquí, los pescaré cuando intenten asaltar la casa. Al menos esa será la versión oficial de los hechos. La historia para la policía.

—Roy, tengo miedo.

—No hay por qué, nena.

La atrajo hacia sí. El cuerpo quedó muy cerca del suyo.

—Huelas a... campo. ¿Chanel?

Ella movió la cabeza. Los labios femeninos, suaves, buscaron los suyos. Un gruñido desde el rincón.

—¿No te gusta? —preguntó Anderson—. Lo siento hermano.

María se separó de él.

—¿Y qué ocurrirá después?

—Después... Bueno, eso pertenece al futuro. Por el momento...

Examinó el reloj de nuevo.

—Ven conmigo.

Tocó las cuerdas de Devine. Estaban bien firmes. Eli sabía hacer nudos marineros.

Salieron al corredor, y de allí al *hall*. La puerta estaba cerrada. Anderson la abrió. Y en ese momento el mayordomo negro apareció en lo alto.

—¿Ocurre algo, señorita María?

—Dígale que se vaya a su cuarto. Que oiga lo que oiga, no intervenga, ni llame a nadie.

María lo repitió. El mayordomo se encogió de hombros y desapareció de nuevo.

Anderson abrió la puerta. El parque, inundado por el agua que no dejaba de caer, se ofreció a su vista; Los castaños, los plátanos, los arces, habían perdido sus hojas.

—Y ahora, Mary, vete a tu habitación.

—No pienso hacerlo.

—Obedece, maldición. No sé lo que ocurrirá cuando lleguen.

—No pienso irme.

Se miraron, desafiantes. Anderson se encogió de hombros.

—Como quieras, pero mantente apartada. No intervengas para nada. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Llama al vigilante de la entrada para que franquee el paso cuando lleguen. No, mejor, que deje la puerta abierta, como si fuese un descuido.

María cogió el teléfono interior y habló un momento por él.

Volvió.

—He dicho que me avise tan pronto como lo hagan. Ya ha abierto la puerta.

—Sí. ¿Sigues teniendo miedo?

—No, ahora no —se estremeció.

—Voy a ponerme algo...

Sonrió tímidamente.

—No parece muy apropiado para recibir visitas, aunque sea a esta hora.

Volvió, con un chaquetón de pana. El cuello, levantado, enmarcaba su carita pálida.

—Ya estoy...

El teléfono sonó. Lo cogió.

Se volvió hacia Anderson.

—Ya están ahí. Un coche negro con dos hombres y una mujer.

—Son puntuales. No ha estado mal. Y vienen solos. Temí que se trajeran a alguien más.

La luz era gris. El suelo rezumaba agua. Anderson se envolvió en su trinchera blanca y miró a la joven.

—Adentro, dulzura.

La besó rápidamente, y con la mano en el bolsillo de la trinchera, salió al parque.

El grueso tronco de un plátano le ofrecía un buen cobijo. Semi oculto tras él, esperó.

Y un momento después, el ronroneo del motor llegó hasta sus oídos. Miró a la puerta. Entornada, tal y como le había dicho a Devine que advirtiera a Temple que estaría.

El coche pasó casi tocándolo, levantando surtidores de agua por sus cuatro ruedas. Dio un giro y se detuvo ante la puerta.

La portezuela se abrió y Temple bajó el primero, agachando la cabeza para que el agua de la lluvia no lo mojase. Alcanzó la marquesina y Clarence y Mel lo siguieron.

Los tres.

Y ya estaban con un pie dentro, cuando Anderson salió de detrás del plátano y se plantó en medio del camino.

—Quietos.

Temple se volvió. Los otros dos lo imitaron y una expresión de profunda sorpresa se pintó en sus ojos.

—¡Roy!

—El mismo, Isaac. Quietos ahí.

—Pero...

—¿Esperabas a otro, verdad? ¿A Devine? Isaac, te vas haciendo viejo. Hace unos cuantos años no te hubieras dejado engañar de esta manera. Quietos, Clarence. Deja la mano tranquila, gordo.

Clarence se inmovilizó. Sus ojos brillaban. Su cuerpo, enorme, temblaba de odio, de miedo.

—Roy, querido amigo...

—No soy tu querido amigo, Isaac. La señora no ha muerto. Y Devine está atado en la cocina. Y yo he encontrado a Eli. Esa es la única verdad de todo lo que te contó ese tipo. La única.

—Roy... Bueno, creo que podemos hablar...

—Oh, sí, ya lo creo. Con una pluma en la mano y un papel en el que confesarás todas tus canalladas. Por lo menos, esta.

—Roy, estás un poco disgustado, y lo comprendo, pero quiero que sepas que la idea de tenderte la trampa no fue mía, sino de...

Parado, en medio de la lluvia, con la pistola en la mano, Anderson sonreía.

—Entrad.

—Roy, espera un poco. Creo que podemos arreglarlo todo.

—Entrad.

Se aproximó a ellos y los tres retrocedieron, con las caras pálidas.

El *hall*. La figura de la muchacha apareció ante ellos. Mel hizo un gesto al verla. María no llevaba una capa de pintura en la cara, ni el vestido rojo con el cual la viera en el club, pero la reconoció al momento.

—Roy... esta individua...

—La hermana de Eli, sí. Adentro.

Pasaron, en grupo. Anderson se dio cuenta.

—Separaos, pero no mucho. Un poco. Lo suficiente como para que tú, Clarence, no te sientas inclinado a ocultarte tras de Isaac para sacar el cuchillo...

Aquello estuvo a punto de perderlo, porque Clarence lo había sacado ya.

Algo brilló en su mano, y relampagueó en el aire, mientras surcaba el espacio.

Rumbo a la garganta de Anderson.

Este se agachó y el cuchillo quedó clavado, tembloroso, en la puerta de roble macizo.

Anderson disparó. Una sola vez. Apenas hizo ruido, apagado por el silenciador.

Clarence lanzó un aullido y se cogió el brazo derecho con la mano izquierda. Un chorro de sangre comenzó a mancharle la manga del traje.

—Te lo advertí, Clarence. Te avisé.

Se volvió a Mel.

—Deja tranquilo tu bolso. María, cógelo.

María se adelantó. En el piso de arriba se oyó un ruido y alguien que descendía la escalera.

Eli.

Se quedó quieto, al ver al grupo a la indecisa luz que se filtraba por el ventanal.

Luego...

—Asqueroso, cerdo asqueroso...

Avanzaba hacia Temple, con las manos extendidas.

—¡Quietos, Eli! Apártate.

Roy había gritado sus palabras, pero Eli no se detuvo. Al avanzar, tapó el cuerpo de Mel de la vista de Anderson.

—¡Cuidado! ¡Apártate!

Mel había abierto el bolso y su mano aparecía ya con una pequeña pistola en ella.

Anderson lanzó su mano hacia adelante y golpeó con el cañón del arma en la mandíbula de Temple. Un golpe seco que lanzó al otro al suelo como un buey ante la puntilla del carnicero.

Y María atacó también, sin vacilar.

Alcanzó a Mel en el brazo cuando ya la pistola se levantaba, y el arma cayó al suelo.

Con las uñas desenfundadas, Mel se lanzó sobre María, pero esta se apartó, con un esguince. Su cuerpo, bien entrenado por los deportes, estaba mejor preparado que el de la otra.

La golpeó en un hombro con el canto de la mano y Mel lanzó un agudo chillido. Cayó de rodillas.

—Bravo —dijo Anderson—. Ni yo mismo podría haberlo hecho mejor.

Examinó al grupo. Clarence gemía con el brazo cogido. Temple, con los ojos extraviados, la barbilla caída, estaba sentado en el suelo y Mel, sollozando, se arrastraba por el suelo como si temiera que la fueran a golpear de nuevo.

—Quieto, Eli, ya han llevado lo suyo. No, muchacho, no te manches las manos. Deja eso para mí. Ya las tengo bastante sucias. Isaac, despierta, imbécil. Tienes que escribir algo.

Pero el otro parecía incapaz de moverse. Sólo su cabeza se balanceaba de un lado a otro.

Anderson empujó a Eli. Sus labios tenían una sonrisa torcida.

—¿No me has oído, muchacho? Quieto. Deja eso para mí. María, ocúpate de él.

—¡Quiero matarlo! —dijo Eli concentradamente.

—Nada de eso. No tienes nada que hacer en la cárcel y es a donde irías si cometieses esa bobada.

Se dirigió al teléfono, mientras María agarraba a su hermano por el brazo y le hablaba en voz baja. Marcó un número.

—¿Lou? Tengo la historia. Temple, Clarence y Melissa han intentado asaltar la casa de mistress Lavarede. Y el abogado de la familia, secretario de la anciana, estaba en combinación con ellos. Sí, no has oído mal. Se llama Devine. Y gracias a la presencia de un detective privado, que seguía sus pasos, se impidió el hecho. ¿Comprendes? Nada más para la primera edición. El resto, para la segunda de la mañana. Sí, viejo, lo tendrás.

Esperó un momento.

—Voy a llamar al teniente Muchs. No quiero que se entere por los periódicos. Le voy a servir en bandeja al estado mayor del “Carminton”, pero para entonces ya tendrás tú la historia. Y recuerda que yo vivo de mi profesión. No cargues la mano en el incienso, pero un poco de publicidad no me vendrá mal.

Colgó.

Se volvió a Temple.

—¿Y bien, Isaac? ¿Vas a confesar... por escrito?

El otro parecía haberse recuperado algo.

—¿Por escrito?

—Ahora mismo, Isaac. Yo te iré dictando.

—No pienso hacerlo, porque...

—Oh, sí. Ya lo creo que sí. Lo harás porque no te queda otro remedio.

Anderson anduvo hacia él.

Con la mano levantada. Temple miró la mano, luego a los ojos de Anderson.

—Escribiré —dijo.

—Conforme. María, llama a la jefatura de policía, a Canal Street. Pregunta por el teniente Muchs, y dile que venga cuanto antes.

* * *

Muchs tomó el papel entre los dedos índice y pulgar, como si fuese algo sucio.

—Así que es la confesión de Temple —dijo—, Anderson, ¿le pondría en un brete si le preguntase cómo la consiguió?

—Pues... a base de persuasión, teniente. Por la simple fuerza de mi persuasión.

—¿Su... persuasión? Ah, ya entiendo. Veo que Temple tiene un hematoma en la barbilla. ¿*Persuasión*, quizá?

—Quizá, teniente, pero ellos eran tres y yo uno solo. Y venían bien artillados.

—Ya. ¿Y ese... Devine? ¿No ha confesado también, por casualidad?

—He pensado que la policía también tiene que ganarse el sueldo. Lo he dejado para usted, teniente.

—Ya. Bien. Voy a llevarme a estos tipos. Hay cosas muy interesantes sobre el "Carminton" en este papel.

Alzó los ojos, para fijarlos en Anderson.

—Siempre que sean verdad.

—Lo son, teniente.

—Ya. Ese Corsair siempre me llamó la atención. Voy a ver si le meto el diente hasta la encía. Tal vez... Pero... Anderson, usted tendrá que declarar en el juicio.

—Bueno, no veo inconveniente en ello, teniente.

—No, claro.

Lanzó una mirada a sus hombres.

—Llévenlos a los coches.

Cuando los sacaban:

—Anderson, aún tendrá que explicar algunos detalles, pero las cosas por orden. Lo espero mañana en mi despacho.

—No faltaré, teniente.

Cuando los policías hubieron salido, se volvió a María.

—Y ahora, vamos a explicarle a tu abuela... ¿Crees que podrá... resistirlo?

—El doctor Lafargue está con ella, pero dice que su corazón aguanta

bastante bien. La crisis ha sido superada.

—La intrépida anciana. Quiero pedirle algunos consejos.

—¿Sobre qué?

—Sobre la manera de tratar a las mujeres. Parece que sabe bastante acerca de ello.

—¿Y... tú necesitas esos consejos?

—Pues... siempre viene bien que a uno le reafirmen en sus ideas.

Luego, repentinamente, se puso serio.

—Mary, esto ha acabado... Al menos, por ahora.

—Y supongo que Anderson, investigador privado, querrá cobrar.

Roy hizo una mueca. Sus ojos estaban serios. Muy serios.

Y duros.

—Anderson, investigador privado, siempre cobra.

—Tengo el talonario de cheques arriba. ¿Por qué no subes para que te extienda uno? ¿Eran veinte mil, no?

—Sí. Veinte mil...

La cogió bruscamente por los hombros.

—Maldición. No me mires así.

—¿Pues cómo quieres que te mire?

Como él no respondiese:

—Roy, sube conmigo. Quiero... decirte algo. Y darte las gracias.

—¿No es bastante agradecimiento veinte mil pavos?

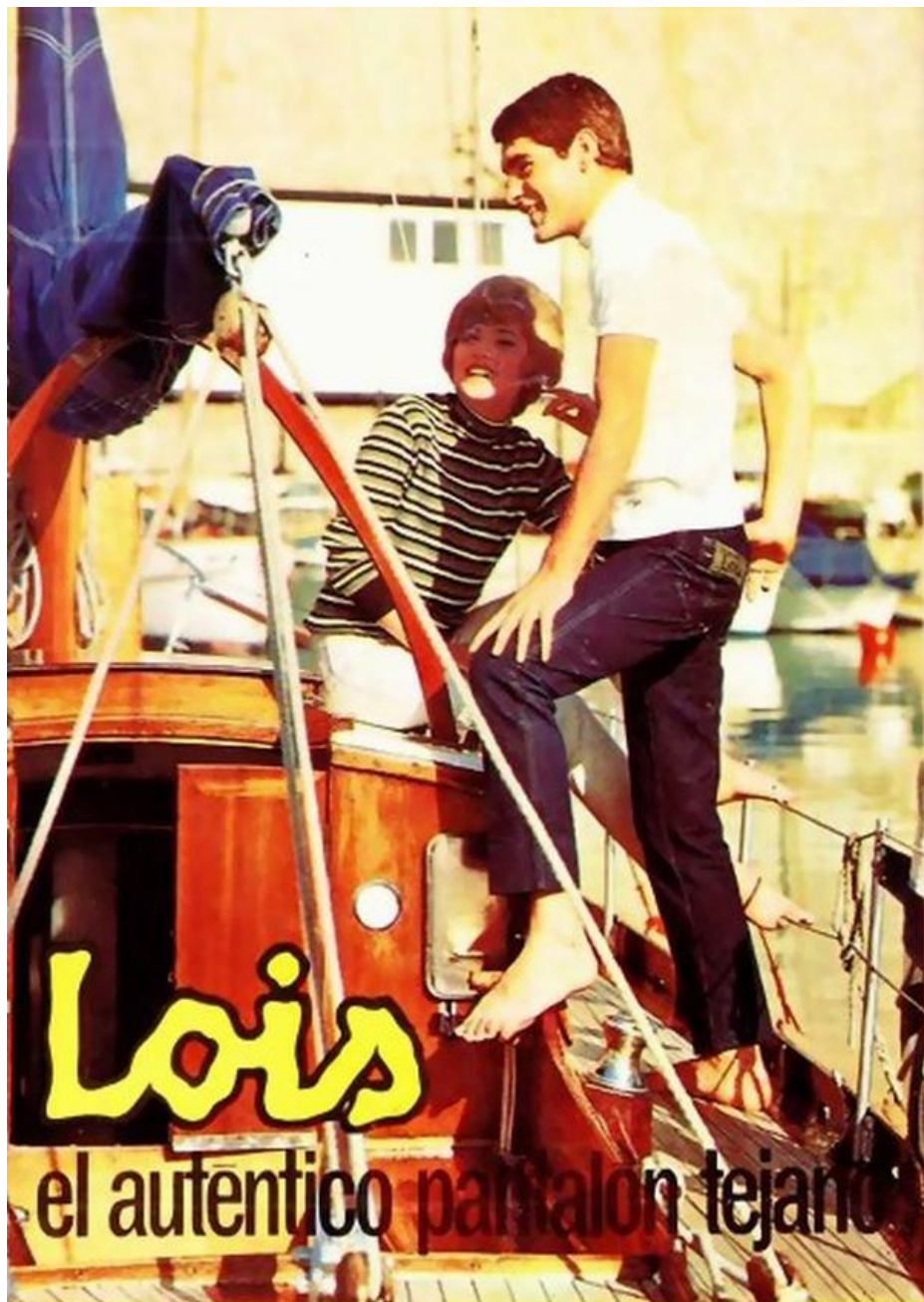
—No para mí. Y... Roy, sube conmigo.

Roy la cogió por el brazo.

—Vamos —dijo con voz ronca.

Al diablo todo lo demás. Al diablo, por el momento.

F I N



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.